CENGAGE Learning™

Política
Cuestiones y problemas

Luis Aznar
y Miguel De Luca
(Coordinadores)

EDICIÓN REVISADA

CAPÍTULO 8

Movimientos sociales

Federico M. Rossi

1. PRESENTACIÓN

Las protestas son parte de la vida política cotidiana de los países democráticos. Son un componente más del juego político, al igual que las elecciones, las sesiones en el parlamento o las negociaciones entre grupos de interés y el gobierno. Aunque las protestas no son movimientos, pocas veces son una acción espontánea y sin coordinación previa.

En 1999 en la ciudad de Seattle, Estados Unidos, 50.000 personas se movilizaron para impedir que los gobiernos reunidos por la Organización Mundial del Comercio (OMC) firmaran un importante acuerdo de liberalización comercial. Desde este ampliamente difundido evento, el movimiento alter-globalización se expresó con cada vez más visibilidad. El movimiento está conformado por un conjunto de organizaciones sociales y políticas articuladas en red en oposición al neoliberalismo y su pretensión de extender el libre mercado a expensas de los derechos sociales. Lo integran organizaciones como *Vía Campesina*, que nuclea 50 millones de pequeños y medianos campesinos, la red ATTAC (*Asociación por una Tasa a las Transacciones Financieras para la Ayuda al Ciudadano*) que se encuentra en más de 30 países articulando campañas para impulsar el control de los flujos especulativos financieros (Rossi, 2008, 2009) y *Jubileo 2000*, un conjunto de organizaciones religiosas que luchan por la anulación de las deudas externas de los países del Tercer Mundo (Rivkin, 2008). Los movimientos alter-globalización han crecido considerablemente desde su aparición en 1999, impulsando diversas acciones en todo el mundo. En la Tabla 8.1 se sintetizan los eventos más visibles de los primeros siete meses del intenso año 2001.

Observados superficialmente, esta serie de conflictos podría dar la impresión de un estado de excepcional virulencia fuera de control. Sin embargo, ninguna de estas acciones (incluso las violentas) eran espontáneas; por el contrario, la mayoría de los actores tenían algún lazo entre sí, y poseían uno o varios objetivos comunes. Las formas de acción que utilizaban eran diversas pero no azarosas: marchas, actos, barricadas, boicot, foros, etc., eran parte de

un repertorio aprendido y utilizado en todo el mundo. Lo que aquí se advierte es una lucha de poder. Mientras algunos partidos y los grupos de interés tienen acceso privilegiado a las reuniones de la OMC, el G8, el Banco Mundial o la Cumbre de las Américas, y por ende pueden influir en las decisiones, las personas sin estas prerrogativas se organizan y protestan para:

a. Impulsar y/o defender sus intereses.

b. Ser reconocidos como iguales/ diferentes/ con derechos/ etc.

c. Evitar que lo que consideran perjudicial suceda, y/o

d. Promover ideas y valores.

En otras palabras, las cientos de miles de personas involucradas en estos eventos se reunieron, coordinaron e impulsaron las diversas acciones por múltiples motivos, pero con un sentido político. Los manifestantes estaban "haciendo política", pero la estaban llevando adelante en la calle por medios no preestablecidos institucionalmente. Utilizaban el poder que tenían al alcance, y que está al alcance de todos, incluso de los más débiles: la fuerza de presentarse públicamente junto a otros para expresarse políticamente y buscar influir sobre las decisiones de quienes ocupan los cargos de gobierno. Los que no tienen acceso a los canales preestablecidos, a pesar de no poder participar en las reuniones del G8 o el Banco Mundial y no haber sido consultados sobre lo que se debatirá, demostraron que pueden hacer estéril todo proceso de negociaciones entre los sectores poderosos si las resoluciones no eran legitimadas en la población. De esta manera los movimientos sociales presentan el problema referido a *dónde* reside la soberanía, recordando la necesidad de que las acciones de gobierno tengan consentimiento de los ciudadanos.

En este capítulo se examina la principal forma contemporánea de hacer política por medios no preestablecidos institucionalmente. Los movimientos sociales son una forma de acción colectiva política diferente a los partidos políticos y grupos de interés, pero que permanentemente interactúa con éstos. Íntimamente ligados al surgimiento de las instituciones de la democracia representativa moderna, pueden ser considerados la expresión de la desigual distribución de las oportunidades de participación que el sistema de representación moderno ofrece. En otros términos, desde la disposición del voto, el establecimiento del parlamento y la emergencia de los partidos políticos, los que han sido excluidos de estas instituciones y procesos se han expresado en las calles en mítines, sentadas, cortes de caminos, huelgas, marchas, etc. para lograr ser escuchados. Los movimientos sociales se presentan como una forma diferente de articular intereses, es decir, son una expresión política "normal" por otros medios (Gamson, 1975). En este capítulo se analizan su origen, sus múltiples concepciones y los principales debates teóricos sobre el tema.

TABLA 8.1: *PROTESTAS DEL MOVIMIENTO ALTER-GLOBALIZACIÓN (ENERO A JULIO DE 2001)*

• **Enero**	Con motivo del Foro Social Mundial se reúnen en Porto Alegre unas 20.000 personas de 100 países para debatir alternativas al neoliberalismo. Mayormente activistas de movimientos sociales, sindicatos y organizaciones no gubernamentales (ONG) se congregan con el objetivo de expresar que "otro mundo es posible": un mundo sin pobreza, guerras y destrucción del medio ambiente.
• **Febrero**	En Cancún, miles de personas se manifiestan para que fracase la reunión del Foro Económico Mundial, espacio donde los gobiernos impulsan acuerdos comerciales sin consultar a la población. También en México, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) junto con aliados de todo el mundo comienza desde Chiapas su marcha nacional.
• **Marzo**	En la ciudad tailandesa de Chiang Mai, campesinos y jóvenes protestan contra la baja en las importaciones agrícolas arrojando papas y cebollas al hotel donde se realizan las negociaciones de la OMC.
• **Abril**	Más de 5.000 personas participan en Québec de un encuentro para debatir alternativas al acuerdo de liberalización económica llamado "Área de Libre Comercio de las Américas" (ALCA). Simultáneamente, los presidentes de América, excepto Cuba, están reunidos para negociar a puertas cerradas el ALCA. La ciudad está vallada con un muro y sitiada por la policía. Más de 10.000 manifestantes intentarán cruzarlo y lo llamarán "el muro de la vergüenza" porque oculta a los gobiernos del pueblo y evita que la población se entere de lo que discuten. Dos días más tarde, las centrales sindicales del continente organizan una marcha que congrega a 30.000 participantes. Finalmente, fracasa la reunión de los presidentes llamada "Cumbre de las Américas": no se logra un acuerdo entre los gobiernos y se decide hacer públicas las negociaciones antes secretas.
• **Junio**	En Gotemburgo, Suecia, 20.000 personas de 80 organizaciones se reúnen para rechazar las políticas de liberalización comercial de la Unión Europea. La violenta confrontación con la policía lleva al saldo de 1 muerto y 700 heridos. Días más tarde, en Barcelona 350 organizaciones se congregan en el evento "Organicemos las resistencias y la solidaridad" en ocasión de la conferencia anual del Banco Mundial, la que es suspendida para evitar manifestaciones masivas de repudio.
• **Julio**	En oposición a la reunión de los gobiernos de los países más poderosos del mundo, llamado G8, se realiza el Foro de Génova. En el marco del encuentro 50.000 personas marchan por los derechos de los inmigrantes. Luego, al igual que en Québec, algunas personas intentarán cruzar el muro construido para separar a los presidentes de los manifestantes. Por último, 300.000 militantes de organizaciones sociales, de partidos y de sindicatos marchan para rechazar los acuerdos negociados por el G8, considerados causantes de exclusión y pobreza.

FUENTE: ADAPTADO DE OSAL, 2002: 41-48.

2. EL SURGIMIENTO DEL PRIMER MOVIMIENTO SOCIAL

En los siglos XVII y XVIII, durante el proceso de constitución y expansión del Estado-nación europeo, tuvo lugar el primer antecedente de los movimientos sociales. La extensión y centralización estatal por medio de la guerra es la principal causa de conflictos en este período. Las protestas son mayormente revueltas contra las principales formas de imposición de este proceso: el pago de impuestos y el reclutamiento militar. Por un lado, surgen revueltas impositivas, negándose la población civil a pagar tributos cada vez más altos para costear las guerras; y por otro lado, los campesinos se rehúsan a participar como fuerza militar (Cattacin, Giugni y Passy, 1997). Aunque en esta etapa aún se aprecian las formas previas o "primitivas" de movimientos sociales como el bandolerismo social, las turbas urbanas preindustriales o las asociaciones secretas rurales (Hobsbawm, 2001), una de las condiciones centrales para el surgimiento de los movimientos sociales entra en escena: las transformaciones del incipiente Estado-nación promovidas por las guerras (Tilly, 2004).

Para que estas formas de rebelión evolucionaran hasta lo que hoy se entiende por "movimientos sociales", otra condición era necesaria: la emergencia del capitalismo y la consecuente proletarización, favoreciendo la creciente participación en la vida política de los nuevos trabajadores urbanos. Los campesinos que migraban a la ciudad en busca de nuevas

oportunidades dejaron de depender de los señores feudales, ofreciendo su mano de obra en el incipiente mercado capitalista. Fue al interior de esta nueva configuración social y espacial, que en algunas ciudades de Europa occidental burgueses y aristócratas disidentes elaboraron alianzas contingentes con los trabajadores insatisfechos. De esta manera los obreros obtenían protecciones legales y sociales a cambio de ofrecer su participación directa en campañas, y así asegurar una cantidad importante de manifestantes que pudiera desafiar a los sectores dominantes (Tilly, 2004: 27).

Si bien el derecho a votar se restringía a un pequeño grupo, la consolidación en Gran Bretaña del parlamento como el espacio de toma de decisiones favoreció la organización en grupos políticos que conformaron los primeros partidos políticos (véase capítulo 6). Simultáneamente, se constituyeron asociaciones con fines específicos o geográficos entre quienes estaban excluidos de los partidos, del parlamento o no podían votar (como los trabajadores) y quienes por diversas razones eran disidentes políticos (mayormente la pequeña burguesía) (Tilly, 2004).

Fruto de este complejo proceso de transformaciones, en algún momento entre 1791 y 1806 surgió en Inglaterra y luego se expandió a los Estados Unidos el primer movimiento social (Tilly, 2004: 32-33). Aunque algunos investigadores consideran que emergió unos pocos años antes (Tarrow, 1997; Tilly, 2001), otros como Charles Tilly (2004) sostienen convincentemente que el *movimiento abolicionista* fue el primer movimiento social. La lucha inicial de un grupo de cuáqueros y evangelistas londinenses, sostenidos en redes de intelectuales, de iglesias y de miembros del parlamento que en 1768 habían promovido una campaña por la libertad de expresión –y en especial de criticar públicamente al parlamento y la Corona– impulsó un movimiento por la prohibición de la trata de esclavos en Inglaterra y sus colonias. Esta red de grupos e individuos vinculados principalmente en torno a la organización *Society for the Abolition of the Slave Trade*, inició campañas de recaudación de firmas, realizó mítines callejeros y presentó peticiones a los legisladores para exigir la finalización de la comercialización de esclavos. Años más tarde reclamó la abolición de la esclavitud en todas sus formas, lograda en 1888 cuando por fin Brasil y Cuba prohibieron esta forma de opresión.

3. DEFINIENDO LOS MOVIMIENTOS: PRINCIPALES PERSPECTIVAS DE ANÁLISIS

En la actualidad existe un acuerdo general entre los estudiosos de considerar a los movimientos sociales como una forma más de acción política "normal" con un desarrollo histórico tan antiguo como el de los partidos políticos. Este acuerdo, sin embargo, no se extiende a algo tan básico como su definición. Desde la primera utilización teórica del término en 1850 por el sociólogo alemán Lorenz von Stein (Tilly, 2004: 5), han abundado las definiciones y los desacuerdos sobre *qué son* los movimientos sociales. Aquí se abordarán las principales de ellas y su desarrollo teórico.

3.1. Marxismo: el movimiento obrero como actor exclusivo

Dos años antes que Lorenz von Stein, en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), Karl Marx y Friedrich Engels ya hablaban de *un* movimiento social; el único que ellos concebían, es decir, el movimiento proletario u obrero.

El **idealismo dialéctico alemán**, propuesto por el filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1985 [1821]), postula que cada idea engendra y lleva en sí misma su propia negación. Muy escuetamente, toda idea (tesis) entra en conflicto con su negación (antítesis), las que mutuamente se eliminan en una tercera instancia lógica superadora (síntesis). Este ciclo se reproduce al ocupar la nueva idea el lugar de la tesis y desencadenarse la relación dialéctica una y otra vez. Si –como hizo Karl Marx (2004 [1844])– este método es aplicado a la historia desde una perspectiva materialista (para la cual las ideas y valores son determinados por el desarrollo socioeconómico, invirtiendo la lógica de la dialéctica hegeliana) lo que se obtiene es una visión dinámica de la historia, donde cada etapa es el producto (síntesis) de los conflictos inherentes a la previa. Para el **materialismo histórico** el devenir de la historia no es el ejercicio práctico de las ideas que rigen su curso (dialéctica hegeliana), sino que, al contrario, los aspectos materiales son los que determinan dialécticamente al presente y al futuro.

Según Karl Marx (1971 [1857-1858]) la infraestructura de una etapa histórica es la economía organizada en un modo de producción específico. Sobre los cimientos de ésta se forma la superestructura: la justificación religiosa, cultural, ética, jurídica y política del modo de producción imperante. En el modo de producción capitalista, la burguesía es la clase dominante ya que posee los medios de producción social, pero –al igual que en toda la historia– la lucha entre la clase dominante (tesis) y la dominada (antítesis) inevitablemente provocará la sustitución de esta relación por un nuevo orden social. La burguesía produce la fuente de su propia e ineluctable destrucción en la negación de sí misma: el proletariado (quienes carecen de toda propiedad más allá de su propia fuerza de trabajo). En resumen, el núcleo del devenir histórico es la lucha entre la clase burguesa y la clase proletaria. Por tanto, la solidaridad internacional de la clase dominada, *organizada en el movimiento obrero comunista*, constituye el actor histórico que tomará el poder político (la superestructura) para acabar con la sociedad *de* clases e instaurar en su reemplazo la síntesis: la sociedad *sin* clases (Marx y Engels, 1997 [1848]: 54).

Esta perspectiva ejerció una influencia importante entre un contingente no menor de intelectuales europeos y latinoamericanos hasta bien entrado el siglo XX. La ortodoxia de ciertos seguidores sostuvo un estricto determinismo económico, pero –en algunos casos– expandiendo el concepto inicial de movimiento social a otros actores que juzgaban ligados al considerado *el* movimiento por excelencia.

3.2. Enfoques norteamericanos sobre el quiebre del sistema social

Pensados siempre en plural, *los* movimientos sociales fueron reconceptualizados a partir de 1950 por autores norteamericanos. En este período los investigadores se veían sobre todo influenciados por las manifestaciones masivas de las décadas de 1920 y 1930 organizadas por el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania, así como por las experiencias posteriores de guerra y destrucción. Es por ello que abundó la noción de los movimientos como resultado de reacciones irracionales ante privaciones provocadas por una situación de anomia y desorganización social.

Los **estructural-funcionalistas**, representados principalmente por Neil Smelser (1989 [1962]), concebían a los movimientos como los efectos no deseados de aceleradas transformaciones sociales, es decir, como un reflejo de la incapacidad de las instituciones para reproducir la cohesión social. Ante estas situaciones de crisis, los movimientos sociales son reacciones que buscan desarrollar nuevas creencias compartidas para reinstalar la cohesión social.

En cambio, las **explicaciones concentradas en los aspectos psicológicos** de los individuos –en especial William Kornhauser (1959)– destacaban los aspectos irracionales y las características de los que protestan como personas aisladas socialmente con un sentimiento de agresión acumulado debido a una sensación de carencia relativa (por comparación), ante la expansión de la sociedad de masas y la consecuente fragmentación de los lazos sociales. A pesar de sus diferencias, ambas perspectivas consideraban a los movimientos como actores irracionales, reacciones debidas a disfunciones del aparato de integración social del sistema, y por tanto incapaces de postular cambios positivos.

En este mismo período, en el marco de la **Escuela de Chicago**, Herbert Blumer (1946) introduce la idea de los movimientos como parte constitutiva del normal funcionamiento de la sociedad, y acuña la definición de los *movimientos sociales como "…emprendimientos colectivos para establecer un nuevo orden de vida"* (Blumer, 1946: 199). Los movimientos son, para este autor, una expresión de un amplio proceso de transformaciones que incluye –entre otros– cambios demográficos, tecnológicos y culturales. No son necesariamente negativos, ni una experiencia desviada.

3.3. Perspectivas de los nuevos movimientos sociales: la visión europea

En 1968, en la Universidad de Nanterre, los estudiantes organizan una protesta contra las arbitrariedades de las autoridades académicas francesas. La represión dispuesta por el gobierno de Charles De Gaulle provoca una segunda protesta que congrega a más estudiantes. Ante esto, las autoridades responden clausurando las universidades, lo que produce que se acentúen los choques violentos con la policía: durante 15 días se organizan barricadas en las calles de París. Las centrales sindicales, en solidaridad con los estudiantes, deciden convocar a un paro nacional y una marcha donde participan unas 800.000 personas. En pocos días, el reclamo educativo inicial se había extendido al cuestionamiento del orden social, dando forma al llamado "Mayo Francés". Desde 1930 no se producían en Europa protestas de esta magnitud y hasta ese entonces los conflictos se reducían a las disputas entre obreros y empresarios en exigencias de aumentos de salarios o mejoras en las condiciones laborales. El clima era de impugnación a los patrones que se habían instalado en la sociedad de posguerra. Las alianzas entre sectores que permitieron recuperar Europa de la Segunda Guerra Mundial eran objetadas por una nueva generación que se expresó por fuera del clásico patrón de conflicto clasista. Ante el cuestionamiento a la legitimidad de su gobierno, De Gaulle convoca a nuevas elecciones en las que obtiene más apoyo que en los comicios que lo habían llevado al poder. Las revueltas estudiantiles fueron apagándose a medida que sus reclamos no eran respondidos. Meses más tarde una serie de reformas educativas fueron el inmediato resultado de estas protestas.

Sin embargo, el impacto del Mayo Francés fue mucho más allá de su reclamo original. En todo el mundo se expandieron las protestas. En Estados Unidos alcanzó su mayor intensidad la lucha contra la guerra en Vietnam. Impulsado por la "Primavera de Praga", en Checoslovaquia, se formó un gobierno más moderado que sobrevivió hasta la invasión militar de la Unión Soviética. En Tlatelolco, México, más de 100.000 estudiantes y trabajadores reclamaron la apertura democrática del régimen, sufriendo una altísima represión que dejó más de 100 muertos. En 1969, en Argentina jóvenes y obreros protestaron contra el régimen autoritario de Juan Carlos Onganía en lo que se llamó el "Cordobazo", provocando la renuncia del gobernante de facto. El mundo vivió un creciente cuestionamiento a las estructuras políticas, sociales y económicas impuestas desde 1945, y entre los estudiosos de los movimientos sociales se produjo un importante quiebre con respecto a los enfoques previos.

Tanto en Estados Unidos como en Europa, estos eventos llamaron la atención sobre lo que parecían nuevas formas de protesta, y en especial la emergencia de nuevos conflictos y actores que excedían al movimiento obrero y a la centralidad del conflicto entre capital y trabajo que el marxismo consideraba como "el motor de la historia".

En Europa, englobados en la **perspectiva de los nuevos movimientos sociales**, algunos autores como Alain Touraine (1981, 1987), Claus Offe (1988) y Alberto Melucci (1989) destacaron que las transformaciones sociales desde la posguerra mostraban el fin de la centralidad del conflicto capital-trabajo. Las protestas estudiantiles, la expansión del movimiento feminista y la lucha por la protección del medio ambiente eran conflictos que poco tenían que ver con el movimiento obrero. Nuevos actores sociales irrumpían con reclamos novedosos que en algunos casos no buscaban tomar el poder, sino impulsar cambios específicos. Ante esta situación el marxismo ortodoxo resultaba incapaz de explicar: ¿por qué las clases medias se revelaban contra el orden?, ¿por qué lo hacían en nombre de la paz, la solidaridad, el medio ambiente y no en nombre de una clase social?, y ¿por qué no buscaban la toma del poder? Debido a su determinismo económico, el marxismo ortodoxo resultaba insuficiente para dar cuenta de estas nuevas exigencias y sujetos políticos. Al considerar que los conflictos son resultado del modo de producción, su nivel de desarrollo y la dinámica de clases no podía responder estos interrogantes. El movimiento obrero era hasta ese entonces *el* actor político por excelencia, y es por ello que los autores de la perspectiva de los nuevos movimientos sociales resaltaron que el marxismo ignoraba o reducía la complejidad y multiplicidad intrínseca a los movimientos sociales.

Alain Touraine (1987), el más influyente entre los estudiosos de los nuevos movimientos sociales, afirmaba que había llegado a su fin la sociedad industrial donde el movimiento obrero era el actor protagónico. A consecuencia de las profundas transformaciones sociales vivíase la transición de la sociedad industrial a la "programada". En ésta los conflictos entre la clase capitalista y la clase trabajadora estaban siendo reemplazados por una nueva disputa de carácter "post-materialista" (Inglehart, 1981). Las nuevas clases centrales que suplantarían a las de la sociedad industrial competirían entre sí por la disposición del campo cultural. Ya no se concentraría el conflicto en el control de los medios de producción, sino en la definición de la historicidad. La nueva lucha sería por la representación de la sociedad sobre sí misma, la que en última instancia determina el tipo de acciones que una sociedad ejerce para transformarse. En palabras del autor: "*Los movimientos sociales no son un producto marginal del orden, son las fuerzas centrales luchando unas contra otras para controlar la producción de la sociedad por sí misma y la acción de las clases para dar forma a la historicidad"* (Touraine, 1981: 29). Para el pensador francés los movimientos sociales no son un actor social o un conjunto de éstos sino que constituyen un tipo de conflicto.

Los estudiantes en París no eran sólo una nueva generación reclamando por mejoras educativas, sino que personificaban la emergencia de nuevos conflictos, actores y una nueva sociedad. Como dice en 1968 el autor:

> *Es esta nueva lucha de clases, entre la dominación ejercida por el aparato de control y aquellos quienes están experimentando el cambio, lo que otorga al movimiento de Mayo su importancia, la que no lo convierte en el momento esencial de una crisis sino en el comienzo de una nueva lucha que será tan fundamental y duradera en nuestra sociedad como ha sido el movimiento obrero en el curso de la industrialización capitalista* (Touraine, 1968: 279, citado por Tilly, 2004: 70).

En Alemania, Claus Offe (1988) sostenía que el nuevo paradigma nacido con posterioridad a la sociedad industrial implicaba que los nuevos movimientos sociales se presentasen –a diferencia del movimiento obrero– como reacciones meta-políticas que cuestionaban el orden social en la búsqueda de una democracia radical no basada en la representación clásica. Debido a las profundas transformaciones que habían llevado a postular la emergencia de la sociedad "programada", el pensador alemán señalaba que los nuevos movimientos sociales desafiaban el orden institucional imperante por medio de nuevas formas de "hacer política". Aunque los actores que interactuaban seguían siendo grupos socioeconómicos (como la clase media, obrera, etc.), no se movilizaban por la distribución de los recursos materiales sino en nombre de colectividades (mujeres, jóvenes, etnias, etc.). Tampoco seguían luchando por aspectos económicos, y en cambio lo hacían por la paz, los derechos humanos, el medio ambiente, etc. Pero, por sobre todo, en los nuevos movimientos sociales la autonomía individual y la identidad del sujeto en el colectivo eran cruciales, rechazando las estructuras burocráticas. A diferencia de Alain Touraine, este autor no concebía los movimientos como un nuevo tipo de conflicto social central, sino como un nuevo tipo de actor político más radical en sus reclamos cuestionadores del orden (Offe, 1988: 176).

Por último, el italiano Alberto Melucci (1989) se concentró mayormente en los aspectos simbólicos y culturales, concibiendo los movimientos como algo más que actores políticos. Ante lo que consideraba como la creciente intrusión del Estado y el mercado en diferentes ámbitos de la vida promovidos por la omnipresente característica del Estado de bienestar europeo, los movimientos sociales se manifestaban como una defensa de la autonomía y libertad personal. No eran sólo actores que buscaban plasmar ideales políticos o que cuestionaban el orden imperante, sino una clase específica de acción colectiva con tres características clave: la solidaridad como elemento que explica la pertenencia a un grupo informal que provee de identidad; el involucramiento en un conflicto que implique la definición de un antagonista; y el cuestionamiento –por el reclamo o las formas de protestar– de los límites del sistema (Melucci, 1989: 29). En resumen, identidad, conflicto y cuestionamiento serían los elementos definitorios de los nuevos movimientos sociales.

3.4. Perspectivas racionalistas norteamericanas

Mientras en Europa las revueltas estudiantiles y su extensión por todo Occidente implicaron una fuerte crítica al modelo marxista de interpretación del conflicto social, en 1970 la aparición en Estados Unidos de una nueva generación de investigadores proponía el abandono del estructural-funcionalismo y las corrientes psicológicas, reconociendo la condición organizada, racional y estratégica de los movimientos (McCarthy y Zald, 1977; Oberschall, 1973; Tilly, 1978). Las sentadas y manifestaciones pacíficas del movimiento por los derechos civiles, encabezado en las décadas de 1950 y 1960 por Martin Luther King Jr., mostraban cómo personas sumamente segregadas y sin derechos mínimos electorales como los afroamericanos del sur de los Estados Unidos podían organizarse y lograr importantes cambios. Éste y otros ejemplos llevaron a que los investigadores comenzaran a preguntarse ¿por qué si siempre hay gente oprimida sólo a veces se organiza en movimientos? De esta manera cobró particular centralidad la explicación del modo en que las personas llevaban el descontento a la acción colectiva con sentido político.

En respuesta a este interrogante, la llamada **teoría de la movilización de recursos** afirma que los fenómenos sociales y psicológicos están siempre presentes en los conflictos de una sociedad por lo que no pueden ser considerados elementos suficientes en la explicación

de la emergencia de los movimientos sociales. Es por ello que no deben ser calificados como una forma anormal de acción colectiva que emerge ante especiales momentos de anomia, sino la política "normal" por otros medios (Gamson, 1975). Como se ha visto en los casos hasta ahora presentados, *"… la principal diferencia entre la acción política 'normal' y la 'anormal' [es] la posición de poder de uno de los grupos involucrados"* (Tilly, 1978: 58). Desde esta teoría los movimientos son concebidos como actores racionales que persiguen intereses de forma organizada (McCarthy y Zald, 1977; Tilly, 1978), por lo que la principal explicación de su emergencia radica en los modos en que los movimientos sociales pueden organizar el descontento reduciendo los costos de la acción colectiva. Los recursos materiales (dinero, infraestructura, etc.) y de otros tipos (redes de solidaridad, incentivos, etc.) son cruciales en la respuesta al interrogante. En otras palabras, el tipo y la naturaleza de los recursos disponibles en un grupo explican el surgimiento y las tácticas de éste así como las consecuencias de sus acciones sobre el sistema político y social (McCarthy y Zald, 1977; Oberschall, 1973; Tilly, 1978).

En el marco de los posteriores desarrollos de este punto de vista, Charles Tilly acuñó la más general y popular de las definiciones de movimientos sociales, concibiéndolos como una forma sostenida en el tiempo de interacción política entre quienes gobiernan y quienes los desafían:

> *Un movimiento social es una serie mantenida de interacciones entre quienes ostentan el poder y personas que afirman con credibilidad representar a grupos desprovistos de representación formal, en el transcurso del cual esas personas plantean públicamente exigencias de cambios en la distribución o el ejercicio del poder, y respaldan esas exigencias con manifestaciones de apoyo* (Tilly, 1984: 306).[1]

Paralelamente, también en Estados Unidos surgió en diálogo con la teoría de la movilización de recursos el llamado **enfoque del proceso político**. Diversos autores (Eisinger, 1973;Gamson, 1975; Kitschelt, 1986; Tarrow, 1989; Tilly, 1978) se concentraron en la relación entre los movimientos sociales, la protesta y la política institucional. La premisa básica de este enfoque es que el desarrollo de los movimientos sociales depende de la "estructura de oportunidades políticas": instituciones políticas, configuraciones de poder y otros factores externos al movimiento (Kitschelt, 1986; McAdam, 1982). Es por ello que Sidney Tarrow (1997: 44-47) enfatizó la necesidad de agregar la atención por los orígenes sociohistóricos de la acción colectiva, explicando no sólo *cómo* la gente se organiza, sino también *cuándo* lo hace. De esta manera se busca observar las características del contexto político que influyen en la aparición y particularidades de las protestas y movimientos sociales.

En síntesis, el enfoque del proceso político agrega a la teoría de la movilización de recursos la necesidad de considerar las condiciones del contexto que hacen posible que los disidentes e insatisfechos se organicen y creen movimientos sociales con los recursos disponibles.

3.5. El panorama en América Latina

Aunque existen pocos ejemplos de teorías elaboradas con foco en la región, la movilización social se convirtió en una materia muy desarrollada por las ciencias sociales en América Latina. En el origen de la sociología tuvieron algún impacto los trabajos norteamericanos sobre comportamientos colectivos, y en especial las diversas interpretaciones marxistas. Mientras que en los últimos tiempos, la única perspectiva que ha generado una importante influencia es la de los nuevos movimientos sociales (Calderón, 1997; Escobar y Álvarez, 1992; Jelin, 1985).

La explicación del sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón (2002) está en cierto modo inspirada en la interpretación de Alain Touraine. Hasta la década de 1970, el movimiento obrero había encarnado el movimiento social central de la región. La política se organizaba partiendo de un paradigma que veía en la posición estructural del actor (el ser trabajador) la explicación determinante de su forma de acción. Esto definía un tipo de matriz sociopolítica que organizaba a los actores y las formas de acción colectiva: la matriz nacional-popular. Sólo se concebía la existencia de un único movimiento social que determinaba el conflicto central de una sociedad, identificado con el "pueblo" y encarnado en el movimiento obrero. A partir de 1970 se produjo el desmantelamiento de esta matriz, transformándose las relaciones entre Estado y sociedad. Las causas son la sistemática persecución y asesinatos impulsados por los regímenes militares, las modificaciones provocadas por la globalización y las reformas económicas neoliberales. Como corolario, en la actualidad en América Latina se ha abandonado la lucha por proyectos de transformación estructural concentrados en un actor único, siendo reemplazados por una serie de actores fluctuantes, *"…más autónomos, más simbólicos y más orientados hacia la identidad y la autorreferencia que a lo instrumental o reivindicativo"* (Garretón, 2002: 11).

4. CONFLUENCIA DE ENFOQUES: DEFINICIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En la década de 1980 los enfoques norteamericano y europeo fueron criticados por encerrarse en explicaciones monocausales que ignoraban la amplitud de aspectos considerados por los investigadores de otras regiones del mundo (Melucci, 1989: 21-22). Mientras la teoría de la movilización de recursos se focalizaba en los elementos internos de los movimientos, ignoraba el contexto estructural que daba sentido a su aparición. En cambio, la escuela de los nuevos movimientos sociales se centralizaba casi exclusivamente en los procesos macro, no pudiendo explicar la transición del conflicto a la acción (della Porta y Diani, 1999: 13). Por su parte, el enfoque del proceso político ponía de manifiesto que estas dos aproximaciones ignoraban el *cuándo* de la protesta (Tarrow, 1997: 44-47), es decir la coyuntura y la relación con los demás actores políticos y el Estado. Hubo que esperar hasta la década de 1980 para que, gracias a un creciente diálogo entre estas perspectivas, se desarrollaran diferentes esfuerzos por establecer una síntesis (Cohen, 1985; Munck, 1995 y principalmente: Klandermans y Tarrow, 1988), las que han derivado en la década de 1990 en un acuerdo básico sobre las **características que definen a los movimientos sociales** (Diani, 1992; della Porta y Diani, 1999: 13-16; McAdam, McCarthy y Zald, 1999; Snow, Soule y Kriesi, 2004: 3-15):

a. Su concepción como redes informales de interacción compuestas por individuos, grupos y/ u organizaciones.
b. La presencia de solidaridades y creencias compartidas que constituyan una sensación de pertenencia y provean de una identidad colectiva.
c. La presencia de antagonismos sobre el control de algún recurso (material o simbólico), es decir, la existencia de acción colectiva orientada al conflicto.
d. El uso de la protesta (aunque no le es exclusivo), y
e. Su perduración en el tiempo más allá de las protestas.

A partir de este acuerdo, es importante destacar que los movimientos sociales no constituyen una organización equivalente pero diferente a los partidos políticos o los grupos de interés, sino que son un actor más complejo e informal.

Los movimientos se diferencian de los grupos de interés por sus estrategias y ubicación en la arena política. Mientras los grupos de interés generalmente son definidos por buscar influenciar las decisiones de gobierno, éstos lo hacen –a diferencia de los movimientos– por los canales preestablecidos institucionalmente. En América Latina los grupos de interés no poseen el mismo tipo de institucionalización que en países como Estados Unidos, donde existe un marco legal para el desarrollo de sus formas de acción. Sin embargo, es habitual que quienes participan en estos grupos tengan acceso a los ámbitos donde las autoridades toman las decisiones por lo que son definidos como parte del espacio de actores reconocidos como legítimos por los gobernantes (Snow, Soule y Kriesi, 2004: 7-8). Como se ha visto en el caso de los movimientos alter-globalización, sus métodos son extra-institucionales y disruptivos, motivados por elecciones ideológicas y/o la falta de acceso a los medios institucionales.

Los movimientos se distinguen de las redes de organizaciones por no ser ni poseer una organización central, sino múltiples instancias de colaboración con diversa intensidad y alcance. Si el caso en cuestión es el de una asociación formal que domina todas las esferas (por ejemplo, el partido bolchevique) no es posible afirmar que sea un movimiento, sino una organización política (Diani, 2003a). Aunque no son fenómenos espontáneos y en general tienen una o múltiples instancias de coordinación, los movimientos no son organizaciones políticas. Para participar no es requisito adherir automáticamente a ninguna organización.

La naturaleza informal es un componente elemental de los movimientos. Las coaliciones políticas son redes informales de diversos grupos y organizaciones en pos de un propósito, pero a diferencia de los movimientos éstas no poseen una identidad compartida que permita conectar eventos y actores en diversos momentos y lugares. En otras palabras, no conforman un "nosotros", sino una sumatoria de grupos aliados por un objetivo (Diani, 2003b). El movimiento ecologista –más allá de sus diversas orientaciones y organizaciones– lo es porque se concibe como tal y conecta acciones colectivas pasadas con las del presente como parte de un mismo conflicto en el que se inscriben.

Los movimientos requieren de creencias compartidas que les den una identidad. Como argumenta *Alberto Melucci: "Los actores 'producen' la acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y de definir sus relaciones con el ambiente (otros actores, recursos disponibles, oportunidades y obstáculos)"* (1994: 158). En otros términos, para que la acción colectiva política sea posible es imprescindible que los individuos y grupos delimiten algún tipo de identidad que les permita accionar junto con otros y definir el contenido de las relaciones en conflicto (Melucci, 1989). A pesar de ser fundamental, la identidad no es estática, sino que es producto de la interacción que el movimiento establezca con los aliados y antagonistas. En la relación con los "otros" la identidad del movimiento es resignificada.

Existen muchos movimientos donde participan mujeres, pero no todos ellos pueden definirse como "movimiento feminista". Entre 1890 y 1930 las mujeres ya se habían organizado *como mujeres* en el movimiento sufragista para exigir el derecho a votar y participar en la vida política; pero sólo con la aparición en la década de 1970 de un movimiento que buscaba cambiar las relaciones de género que las subordinaban al varón, las mujeres se nuclearon sobre la base de la pertenencia que provee a sus participantes la distinción de género. En otros términos, el movimiento feminista se distingue de todo otro agrupamiento político

de mujeres en la medida en que constituye una identidad colectiva, es decir, un "nosotras, las mujeres" que las distingue y une. En resumen, la identificación mutuamente correspondida sustentada en principios de solidaridad que den forma a una sensación de pertenencia y creencias compartidas es condición *necesaria* para la existencia de acción colectiva sostenida en el tiempo. Debido a su extensión temporal más allá de una protesta, la identidad colectiva de un movimiento social es definida y redefinida en las múltiples instancias de vinculación (cooperativa o conflictiva) que establezca con otros actores.

Por consiguiente, los **movimientos sociales** son definidos de forma más precisa como: *"… (1) redes informales, basadas (2) en creencias compartidas y solidaridad, que se movilizan sobre (3) temas conflictivos, por medio (4) del uso frecuente de varias formas de protesta"* (della Porta y Diani, 1999: 16). En otras palabras, un movimiento social no es una organización (aunque muchas veces las contiene), ni un tipo de conflicto (se inscribe en ellos) o una tendencia artística o cultural (aunque puede expresarse en muchas ocasiones con instrumentos culturales). Requiere de una identidad colectiva (sujeta a redefinición), está siempre orientado al conflicto (el que no es necesariamente violento) y es, en esencia, político.

5. TIPOS DE MOVIMIENTOS

Aunque la diversidad de movimientos existentes en el plano empírico es muy amplia, algunos autores los han clasificados en dos tipos: instrumentales y culturales (y dentro de estos últimos los subtipos subculturales y contraculturales) (Duyvendak y Giugni, 1995: 84-86):

1. Los **movimientos instrumentales** son aquellos que están orientados a producir cambios en las políticas públicas o en el sistema político aplicando una lógica de acción con arreglo a fines. Movimientos como el ecologista y el pacifista son ejemplos de este tipo. Buscan producir cambios en las decisiones de los gobernantes sobre la disposición del medio ambiente, sobre la administración de los conflictos para evitar las guerras, etc. Aunque esta clasificación presenta tipos ideales, y cada caso no se ubica exactamente en ninguno de ellos, en Argentina el movimiento por los derechos humanos puede ser considerado un ejemplo de movimiento instrumental. Las persecuciones, asesinatos y desapariciones de 30.000 personas durante la dictadura militar de 1976-1983 llevó a que sus familiares se organizaran para exigir "verdad y justicia". Desde ese entonces las organizaciones que integran este movimiento –como las *Madres de Plaza de Mayo*, el *Servicio de Paz y Justicia* (SERPAJ) o el *Centro de Estudios Legales y Sociales* (CELS)– buscan influir en las decisiones de gobierno concernientes a los derechos humanos.

2. Los **movimientos culturales** son aquellos que están mayormente orientados hacia la constitución identitaria y de un sentido alternativo que desafíe los patrones políticoculturales dominantes. Dentro de esta categoría pueden ubicarse dos subtipos:

   a) Por un lado, se encuentran los **movimientos subculturales**, es decir aquellos que *"… están primordialmente dirigidos a la constitución de identidades colectivas que son reproducidas por la interacción del grupo para sí mismo"* (Duyvendak y Giugni, 1995: 84). Movimientos de minorías étnicas y el movimiento gay, lésbico, travesti, transexual, bisexual e intersexual (GLTTBI) son ejemplos de este tipo. El movimiento GLTTBI, aunque reivindica derechos para sí y el

reconocimiento de su condición, invierte la mayor parte de sus esfuerzos en su afirmación identitaria, y en la manifestación de su carácter de subcultura dentro de la dominante. Esto puede notarse en las fiestas-protestas anuales que en todo el mundo realizan en reivindicación de sus diferencias. La exageración por medio de trajes muy vistosos y la exposición de su sexualidad busca llamar la atención sobre su existencia invisibilizada o estigmatizada por la cultura que predomina. Aunque esto produce transformaciones con el paso del tiempo –a diferencia de los movimientos por los derechos humanos– no orientan sus esfuerzos a planes estratégicos con este fin.

b) Los **movimientos contraculturales** son el otro subtipo de movimientos orientados hacia la constitución identitaria. La principal diferencia con los subculturales radica en la disposición de su acción. A pesar de ser el núcleo de su interés la identidad alternativa al código dominante, hacen hincapié –como los instrumentales– en la relación con el entorno. Orientados al conflicto por algún tipo de poder, *"… derivan su identidad colectiva del conflicto y la interacción confrontativa con los otros grupos"* (Duyvendak y Giugni, 1995: 84). Movimientos urbanos o de jóvenes muchas veces podrían ubicarse en este tipo. Originario de los barrios obreros de Inglaterra, el movimiento punk fue bastante popular entre los jóvenes en las décadas de 1980 y 1990; a tal punto que algo de ese arraigo sobrevive al día de hoy. Otro ejemplo puede observarse en México, donde existe una vertiente anarquista que rechaza el machismo y el capitalismo. Se organizan mayormente en torno a la música, pero también se presentan en actos políticos vinculados a demandas estudiantiles, indigenistas o territoriales. Su identidad es central e innegociable y fue construyéndose por la interacción con otras tribus urbanas de jóvenes y con las autoridades que generalmente los estigmatiza acentuando su marginación (Rossi, 2010). Nuevamente es importante aclarar que son tipos ideales, y los casos son siempre mucho más complejos, en la medida en que contienen elementos propios de todos ellos. Muchos grupos políticos definen y redefinen su identidad al confrontar en las calles con el Estado u otras agrupaciones políticas.

5.1. Tipología por escala de la acción

Los movimientos sociales también pueden ser clasificados sobre la base de la escala de su acción (Jelin, 2003). Siguiendo tres criterios: el tipo de relaciones con los aliados; los modos de enunciación de los conflictos; y las formas de definición de los antagonistas (Tarrow, 2005), es posible agruparlos en aquellos locales, nacionales y transnacionales.

1. Los **movimientos locales** son aquellos que establecen relaciones en el espacio geográficamente inmediato, concibiendo los conflictos como circunscriptos a un barrio, provincia, etc., y que por tanto ven como su principal antagonista a un actor local (por ejemplo, el municipio). El caso paradigmático es el de los *"… movimientos urbanos (…)[(]organizados en un territorio dado, orientados hacia objetivos relacionados a lo urbano) donde se enfocan tres principales conjuntos de objetivos: demandas urbanas sobre condiciones de vida y consumo colectivo; la afirmación de una identidad cultural local; y la conquista de la autonomía política y la participación ciudadana"* (Castells, 1997: 60).

2. Los **movimientos nacionales** son los que, sin trascender las fronteras, se encuentran extendidos geográficamente y establecen contactos con organizaciones y grupos de todo un país ya que conciben a sus conflictos como nacionales y frente a un actor de este mismo ámbito. En la Argentina, el movimiento piquetero es un ejemplo de este tipo. La desocupación agravada durante la década de 1990 por las reformas neoliberales y las privatizaciones llevó a que las personas excluidas se organizaran en todo el país para reclamar alguna solución a su situación. Desde ese entonces su objetivo es influir en las decisiones sobre políticas sociales y de generación de empleo del Estado argentino. Es por ello que se encuentran en gran parte de la Argentina, y establecen vínculos con los partidos políticos, los sindicatos, las ONG y otros movimientos en diversos distritos.

3. Los **movimientos transnacionales**, en cambio, establecen vínculos en varios países y conciben los conflictos como continentales o globales, enfrentando a actores internacionales (Grimson y Pereyra, 2008). Los movimientos obrero, ecologista y alter-globalización son ejemplos de este tipo. El caso presentado a comienzo de este capítulo es un ejemplo claro de acción a escala transnacional. Agrupados en todo el mundo, las protestas se desarrollan desde Tailandia hasta Canadá, las redes agrupan a millones de personas más allá de su nacionalidad y sus principales antagonistas son los organismos internacionales o multilaterales como la OMC, la Unión Europea, el G8 o las Naciones Unidas.

Otra aclaración resulta aquí pertinente: la clasificación de los movimientos por su escala de acción no es incompatible con el agrupamiento por la orientación de su acción. Existen movimientos clasificables como instrumentales y nacionales (movimiento piquetero), subculturales y locales (movimientos urbanos), contraculturales y transnacionales (movimiento punk), entre otras combinaciones posibles.

6. EL PROBLEMA DEL SURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El 14 de diciembre de 2001 se suceden una serie de saqueos en los suburbios de las principales ciudades de Argentina. Días antes el gobierno dispuso la indisponibilidad de los ahorros bancarios. El 19 de diciembre el presidente Fernando de la Rúa decreta el estado de sitio. Esto genera que las clases medias reaccionen con los "cacerolazos" en Buenos Aires y algunas ciudades del interior del país. Por la noche, el presidente intentará justificar el decreto. Nuevamente vuelven a expresarse con un cacerolazo más fuerte que el primero. Al compás del cántico *"¡Qué se vayan todos, que no quede ni uno solo!"* comienza espontáneamente la protesta en algunos barrios de la ciudad y se extiende sin rumbo hasta llegar a la Casa de Gobierno. Este reclamo resume el espíritu que predominaba entre los manifestantes: un profundo rechazo a la elite política que se mostraba incapaz o desinteresada por resolver una situación de deterioro político y económico creciente. Esa misma noche, la policía comienza a reprimir a los manifestantes. La mayoría de la gente vuelve a sus casas (Rossi, 2005b).

Al otro día se produce una nueva protesta, donde militantes de partidos de izquierda arman barricadas y la policía reprime con mucha más violencia provocando 25 muertos y 400 heridos. Por la tarde del 20 de diciembre De la Rúa renuncia. A partir de allí se sucederán durante diciembre cuatro presidentes interinos hasta que Eduardo Duhalde asume proviso-

riamente la presidencia. En este mismo período se gestan las asambleas vecinales y populares que constituirán el movimiento asambleario. Se ha organizado una parte de las personas que habían protestado provocando la renuncia de De la Rúa (Rossi, 2005b).

El análisis de las dinámicas donde se da forma al movimiento asambleario presenta un interrogante que es central para el estudio de los movimientos sociales y radica en las causas de su emergencia en la arena política. En otras palabras, las preguntas que surgen son: "¿cuáles son los factores que impulsaron la constitución del movimiento social?", y "¿por qué la protesta inicial favoreció la conformación de un movimiento social?" (Rossi, 2005b: 67). El enojo, la injusticia o el atropello de las autoridades no son causas suficientes para que la originaria y disruptiva protesta se cristalice en un movimiento social. Debido a que los movimientos sociales no son organizaciones que estén siempre allí y actúen cada tanto, sino que son emergentes de procesos complejos y de redes que atraviesa estados latentes, generalmente su aparición es abrupta, disruptiva y merece una explicación. Aunque pueden existir factores de largo plazo que hayan paulatinamente construido los cimientos para la súbita irrupción, generalmente las mutaciones de la coyuntura política resultan ser los principales sucesos desencadenantes.

La investigación de las causas de la emergencia en la escena política de un movimiento social es la que más debate y literatura especializada ha producido. Esta sección se concentrará en presentar las diferentes perspectivas. A estas explicaciones, es posible clasificarlas en "contextuales" y "desde el actor". Las explicaciones contextuales pueden ser subdivididas en estructurales y coyunturales, mientras que las explicaciones "desde el actor" admiten una diferenciación entre las de tipo cognitivo y las perspectivas de redes individuales de reclutamiento. Más allá de sus diferencias, todas buscan responder la misma pregunta clave: *¿cómo y por qué surge un movimiento social?*

6.1. Explicaciones contextuales: estructura de oportunidades políticas

Desde su creación en la década de 1970, el concepto de **estructura de oportunidades políticas** (Eisinger, 1973: 15) ha sido considerado el elemento clave para responder las preguntas relativas a la emergencia de la protesta y los movimientos. Debido a su amplia utilización ha sufrido de un gran estiramiento conceptual, el que actualmente produce muchas críticas (Gamson y Meyer, 1999; McAdam, 1999). Es por esta razón que dependiendo del tipo de énfasis (estructural o coyuntural) los autores han pensado las oportunidades políticas de diferentes maneras.

En el **enfoque estructural**, Doug McAdam define las oportunidades políticas como:

> *[…] cualquier evento o amplio proceso social que sirve para derrumbar los cálculos y presupuestos en los que el establishment político se estructura […] Entre los eventos y procesos que tienden a ser disruptivos del status quo político se encuentran las guerras, la industrialización, los realineamientos políticos internacionales, períodos prolongados de desempleo y amplios cambios demográficos* (1982: 41).

Desde esta perspectiva, los movimientos sociales surgirán luego de un largo período de transformaciones acumuladas de manera paulatina, lo que ha resultado muy útil para el estudio histórico de amplios períodos temporales (Tilly, Tilly y Tilly, 1975). Sin embargo, la mayoría de los estudiosos no se han concentrado en esta perspectiva macro, sino que han destacado un **enfoque coyuntural**. En este sentido, Sidney Tarrow concibe las oportunidades políticas de la siguiente manera:

> *Al hablar de estructura de las oportunidades políticas, me refiero a dimensiones consistentes –aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales– del entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente. El concepto de oportunidad política pone el énfasis en los recursos exteriores al grupo –al contrario del dinero o el poder–, que pueden ser explotados incluso por luchadores débiles o desorganizados. Los movimientos sociales se forman cuando los ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las elites y las autoridades* (1997: 49).

En otras palabras, desde esta perspectiva se ha afirmado que las oportunidades políticas son los aspectos dinámicos del contexto.

A pesar de las diferencias entre los diversos autores (Kitschelt, 1986; Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, 1995; Tarrow, 1997), para la gran mayoría la oportunidad política está compuesta –por lo menos– por las siguientes variables (McAdam, 1999: 54-55):

a. El grado de apertura relativa del sistema político institucional (su permeabilidad a los movimientos).

b. La estabilidad o inestabilidad de las alineaciones entre elites (si se encuentran divididas por importantes desacuerdos o fuertemente unidas).

c. La presencia o ausencia de aliados influyentes (como los sindicatos o partidos de izquierda que les provean de recursos, acceso a diversos canales institucionales o potencien su impacto), y

d. La capacidad y propensión gubernamental a la represión.

En el ejemplo proporcionado, el movimiento asambleario pudo –en parte– constituirse como tal porque las elites políticas se encontraban divididas, sin saber cómo resolver la crisis económica y luego cómo llenar el vacío dejado por De la Rúa al renunciar. Se suceden cuatro presidentes justamente por la falta de acuerdo sobre convocar a elecciones anticipadas, acordar un presidente interino o realizar alguna reforma institucional más profunda que incluyera pasar de un sistema presidencial al parlamentario. La inicial represión del gobierno fue disminuyendo luego del 20 de diciembre. Ningún gobierno parecía dispuesto a reprimir a la gente en la calle ya que –como habían visto– provocaría más protestas. Es por ello que el sistema político, por su fragilidad, se encontraba relativamente abierto a la influencia de las protestas, pero las autoridades no hallaban una respuesta adecuada al reclamo. El apoyo de los partidos de izquierda, de personas con práctica en asambleas estudiantiles y sindicales permitió que una importante cantidad de personas sin experiencia previa en política se organizara de esta manera para debatir qué estaba pasando, por qué los gobernantes no podían (o no querían) hacer algo al respecto y qué debían hacer para revertir esta situación (Rossi, 2005ª, 2005b). Como es posible apreciar, la respuesta puede radicar en una compleja combinación de factores.

6.2. Explicaciones desde el actor I: redes individuales de Reclutamiento

Sin embargo, las condiciones del contexto tomadas sin considerar a los actores no logran explicar por qué ante oportunidades "objetivamente" favorables no surgen movimientos sociales, y sí lo hacen ante circunstancias menos prometedoras. En otras palabras, si se mira

retrospectivamente la historia argentina, es posible encontrar otras ocasiones donde las elites estaban divididas sobre algún tema central, el gobierno no era propenso a reprimir las protestas y se cumplían los demás requisitos de la oportunidad política. A pesar de ello, en muy pocas oportunidades surgieron movimientos sociales. Para evitar el determinismo estructural que no permite dar cuenta de este interrogante, es necesario considerar dos elementos centrales: las redes individuales de reclutamiento en las que los individuos y grupos se vinculan antes de impulsar cualquier tipo de desafío colectivo, y los elementos cognitivos que permiten explicar y fomentar la acción colectiva disruptiva.

Como señala Mario Diani, "Los movimientos sociales existen en tanto los individuos pueden *ser convencidos de involucrarse individualmente en la acción colectiva ofreciéndoseles oportunidades y apoyo para ello"* (2003a: 7). La existencia de lazos y redes sociales previas son la base de todo reclutamiento de participantes en acciones colectivas beligerantes. La membresía a un mismo partido o agrupación política, la participación en grupos subculturales o contraculturales, la asistencia a actividades específicas, la vecindad y/o los lazos laborales, de amistad y familiares son el basamento para la construcción de visiones compartidas y el planeamiento de actividades políticas. A diferencia de los enfoques norteamericanos clásicos (Kornhauser, 1959), la pertenencia a redes ha sido considerada un elemento imprescindible en la explicación de la movilización individual ofreciendo una combinación de información, solidaridad e incentivos (Oberschall, 1973). Las redes proveen a los potenciales y actuales participantes recursos materiales y organizacionales (Gerlach y Hine, 1970; Oberschall, 1973) así como simbólicos, promoviendo visiones alternativas de la realidad (Diani, 2003a, 2003b; Melucci, 1989). En resumen, la mayor parte de los movimientos surgen sobre la base de relaciones sociales preexistentes, tendiendo a expandirse a través de las líneas de interacción que estas redes proveen.

Florence Passy (2003) ha establecido tres funciones básicas de las **redes individuales de reclutamiento**, las que tienen diversos grados de influencia dependiendo de la etapa en que se encuentre el sujeto potencial activista:

a. Función de socialización y constitución identitaria: estructuración de significados compartidos que permiten al individuo crear o solidificar identidades y establecer alguna proximidad política.

b. Función de conexión estructural: ofrece la posibilidad de participar para aquellos que tienen el deseo de hacerlo conectando a potenciales participantes con organizaciones y grupos existentes; y

c. Función de moldeado de la decisión y modo de participación: una vez activo influencia la definición del tipo de participación y el alcance de su compromiso.[2]

En el movimiento asambleario, por ejemplo, algunas personas que organizaron las asambleas tenían experiencia política previa y gracias a ello pudieron invitar a otras a participar. Pero quienes no habían estado politizados con anterioridad lograron igualmente ir constituyendo una identidad política gracias a los vínculos que formaron inicialmente en las protestas. Al conversar con las personas que creían al igual que ellos que algo debían hacer, muchos se dieron cuenta de que no estaban solos en su interés y que entonces valía la pena intentar organizarse. Los lazos construidos al reunirse durante semanas permitieron definir los objetivos inmediatos del movimiento, así como las estrategias a seguir (Rossi, 2005a).

6.3. Explicaciones desde el actor II: marcos interpretativos

La pertenencia a redes individuales de reclutamiento y la existencia de elementos del contexto que favorezcan la movilización no son suficientes para explicar la emergencia de movimientos sociales. Si ante la apertura de las oportunidades políticas los individuos y grupos vinculados en redes de diversos tipos no perciben esta situación (coyuntural y/o estructural) como una oportunidad donde hay que movilizarse, la protesta no emergerá en la escena pública, tal vez sólo reduciéndose el descontento a una expresión en el ámbito privado.

Son los elementos perceptuales y cognitivos los que permiten organizar el salto de la oportunidad a la decisión de actuar. Estos elementos han sido sintetizados en el concepto de **marcos interpretativos**, es decir un *"… esquema interpretativo que simplifica y condensa el 'mundo de ahí afuera' puntuando y codificando selectivamente objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones dentro del entorno presente o pasado de cada uno"* (Snow y Benford, 1992: 137, citado por Tarrow, 1997: 214).

Los marcos interpretativos, a diferencia de las ideologías, son menos lógicos y pueden inscribirse en éstas. *"Los marcos son metáforas específicas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas utilizadas para presentar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción alternativa"* (Zald, 1999: 371). De esta manera reducen la incertidumbre que provoca la acción, atribuyendo sentido y legitimando la participación política (Snow y Benford, 1992).

A partir de este concepto, William Gamson (1992) destaca tres componentes de los marcos interpretativos:

a. La percepción de injusticia (ésta es una *hot cognition*, es decir es realizada sobre el momento y no es producto de una evaluación detenida).

b. La percepción de agencia (o de que algo debe hacerse); y

c. La constitución de una identidad colectiva (definiendo un "nosotros" en oposición a un "otro" con intereses y/o valores contrapuestos).

Si es considerado cada uno de estos componentes como secuencias temporales en la emergencia de una protesta o movimiento social como se observa en el Gráfico 7.1 (de izquierda a derecha) es posible analizar la emergencia del movimiento asambleario desde la percepción del sujeto potencial activista.

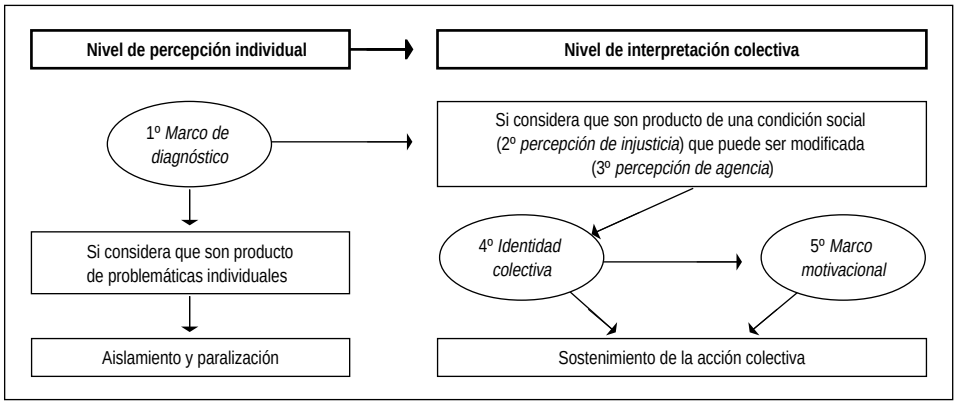
Ante la apertura de las oportunidades políticas de diciembre de 2001, existe una primera etapa de elaboración individual, la que llevará a la decisión de participar o no sobre la base de la evaluación que realice de los aspectos que presuma problemáticos (el "marco de diagnóstico", según Snow y Benford, 1992). Algunos, por ejemplo, pudieron haber pensado que la Argentina vivía un problema macroeconómico y que éste era sólo solucionable por expertos técnicos. Ante esta situación protestar u organizarse con otros no tendría mucho sentido, entonces la decisión del individuo será no participar.

En cambio, si al debatir con personas que integran las redes sociales de las que forma parte evalúa que lo que vive se debe a una situación de injusticia existente en la sociedad ("percepción de injusticia"), la cual puede ser transformada ("percepción de agencia") si se agrupa con otros (o reactiva sus lazos y redes) es posible comprender por qué algunas personas salieron a hacer sonar sus cacerolas el 19 y 20 de diciembre de 2001.

Hasta aquí el interrogante fue: ¿por qué protestaron? Pero, si lo que se busca dilucidar no es esto, sino: ¿por qué luego de la protesta decidieron organizarse y constituir un movimiento social?, es necesaria la pregunta sobre la presencia de solidaridades y creencias compartidas que constituyan una sensación de pertenencia (elemento básico para la conformación de un movimiento). En otras palabras, y como ha sido expuesto en el apartado 4, para que la acción colectiva sea posible en el tiempo los individuos y grupos deberán determinar algún tipo de identidad colectiva que les permita accionar junto con otros y definir el contenido de las relaciones en conflicto; aunque luego en la interacción con aliados y antagonistas estará sujeta a redefinición (Melucci, 1989).

Una vez las asambleas organizadas y la gente considerándose como "asambleísta", el problema que surge es el de cómo seguir sosteniendo la acción colectiva. Para que el movimiento se mantenga en el tiempo es requisito que, a su vez, domine un sistemático optimismo (o imperativo moral) que permita a los activistas sobrevaluar las posibilidades de éxito (Rucht y Neidhardt, 2002). Este optimismo pocas veces perdura si no hay un elemento ideológico que le dé sentido a los momentos de persecución, represión, menos impacto y visibilidad.

GRÁFICO 8.1: *EMERGENCIA DE UN MOVIMIENTO SOCIAL: ESQUEMA COGNITIVO*



FUENTES: COTTA, DELLA PORTA Y MORLINO (2004); GAMSON (1992); MELUCCI (1989); RUCHT Y NEIDHARDT (2002); SNOW Y BENFORD (1992); ZALD (1999).

En resumen, para que un movimiento surja es necesario que se produzca una muy compleja combinación de elementos del contexto (*oportunidades políticas*), y que ante esto las personas interpreten la existencia de una situación donde deben participar (*marcos interpretativos*), lo que será posible y se sostendrá en el tiempo gracias a sus vínculos y lazos previos (*redes de reclutamiento).*

7. LA ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO

¿Cómo extender en el tiempo los reclamos surgidos en la protesta? Es ésta una pregunta central si los activistas pretenden producir impactos que vayan más allá del momento inmediato de una manifestación. Por ello para muchos investigadores la respuesta es clara y

unívoca: organizándose con otros en un movimiento social. Aunque hasta este punto hay bastante acuerdo entre los académicos, no existe uno equivalente sobre cómo organizar el movimiento. Gran parte de los debates se han concentrado en este dilema desde 1970 con el surgimiento de la teoría de la movilización de recursos. Al poner el énfasis en el carácter racional y organizado de los movimientos sociales, se ha buscado definir la forma organizativa típica (y preferible) *para* un movimiento.

Ante todo, es imprescindible recordar que una organización no debe ser confundida con un movimiento social, aunque en él contenga diversas formas organizativas. En otras palabras, la organización *Amnistía Internacional* no es el movimiento por los derechos humanos, pero sí es parte de este movimiento junto con muchas otras organizaciones, redes, grupos informales, etc. Sus características específicas no deben trasladarse al movimiento en su conjunto.

7.1. Debate 1970-1980: Modelo OMS vs. Modelo SPIN

Para Robert Michels (1969 [1911]) la organización y los líderes inevitablemente minan el principal poder de un movimiento: la disrupción del orden establecido. Al establecer estructuras organizativas con burocracias permanentes los movimientos se convierten en partidos de masas con el sólo objeto de obtener cargos públicos, dejando de lado sus ideales para, simultáneamente desradicalizarse e institucionalizarse. Esta tendencia –la "ley de hierro de la oligarquía"– que el autor observó en el movimiento y partido socialista alemán de principios del siglo XX, se ha considerado un patrón universal en la evolución organizacional de un movimiento social (Alberoni, 1968; Piven y Cloward, 1977).

Eric Hobsbawm (2001 [1959]), sin embargo, ha afirmado lo contrario. Las protestas y acciones colectivas beligerantes no lograrán superar un estado naciente "primitivo" sin el establecimiento de dirigentes y estructuras que permitan evitar que la movilización inicial se desintegre rápidamente. Sobre la base de este argumento, y considerando la existencia de una organización como algo no sólo necesario sino positivo, dos de los principales exponentes de la teoría de la movilización de recursos, John McCarthy y Mayer Zald (1977) propusieron el término **organización de movimiento social**. En palabras de los autores: *"Una organización de movimiento social (OMS) es una compleja, o formal, organización que se identifica con los objetivos y preferencias de un movimiento social o un contra-movimiento e intenta implementar estos objetivos"* (McCarthy y Zald, 1977: 1218). De esta manera buscan explicar cómo los movimientos se organizan, establecen objetivos y estrategias ante los cambios en el contexto político. Aunque los autores reconocen que una OMS no es un movimiento, consideran que la identificación de la o las principales OMS con el movimiento es tan profunda que es posible observar por medio de éstas el accionar de un movimiento social, criticando los enfoques clásicos sobre la irracionalidad y espontaneidad de los movimientos (Kornhauser, 1959), o el efecto nocivo de la organización (Michels, 1969).

Esta propuesta en las décadas de 1970 y 1980 abrió un debate sobre el modelo organizativo ideal. Mientras ciertos autores (Gamson, 1975; McCarthy y Zald, 1977) proponían una organización burocrática centralizada como la ideal; otros (Gerlach y Hine, 1970; Gerlach, 2001) consideraban que la estructura informal y descentralizada era la más efectiva.

El primero de los planteos afirmaba que "… *una estructura formalizada con una clara división del trabajo maximiza la movilización, al transformar compromisos difusos en roles claramente definidos, y que una estructura centralizada de toma de decisiones aumenta la capacidad de intervención inmediata, al reducir los conflictos internos"* (Jenkins, 1994: 24). De

esta manera, una estructura organizacional sólida permitiría sostener la movilización más allá de los ciclos de protesta, favoreciendo la innovación táctica y un mayor impacto sobre el entorno (Gamson, 1975).

Una de las tipologías más claras fue elaborada por Dieter Rucht (1999), quien definió tres tipos-ideales de estructuras organizativas. Este autor identifica dos tipos-ideales de OMS con estructuras formales, constitución legal, jerarquías internas, elecciones por el liderazgo de la organización, personal profesional (muchas veces rentado) y métodos de recaudación de fondos:

a. Modelo de partido: "…caracterizado por su especial interés en el proceso electoral, los partidos políticos y también por su dependencia de una organización formal" (Rucht, 1999: 266);

b. Modelo de grupo de interés: "…caracterizado por la gran importancia que desde él se concede a la posibilidad de influir en el mundo de lo político (por ejemplo por medio de los 'lobbies') y su dependencia de una organización formal" (Rucht, 1999: 266).[3]

Mientras el modelo de partido posee una amplia membresía, con importante participación directa de los interesados, el modelo de grupo de interés se caracteriza por tener una membresía nominal o muy baja, son muy profesionalizados e intentan influenciar en políticas públicas que no los afectan directamente, sino que lo hacen en nombre de los intereses o necesidades de algún grupo.

Un ejemplo de modelo de partido es la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) del movimiento piquetero. Su preocupación central es la lucha por la inclusión social y la vivienda de sectores empobrecidos y desocupados de la zona sur de los suburbios de la provincia de Buenos Aires, pero no agota su interés en la protesta social. Aunque los interesados participan directamente en las actividades de la organización, y ésta tiene intereses electorales, no se ha convertido en partido político, sino que se alía con el Partido Justicialista y presenta candidatos a elecciones nacionales y provinciales, ocupando sus dirigentes cargos públicos (Svampa y Pereyra, 2003: 44-49).

La organización ecologista *Greenpeace,* empero, es un ejemplo de modelo de grupo de interés. Posee una membresía nominal cuyo aporte central es el pago de una cuota mensual para el sostenimiento de pequeños grupos de activistas rentados que desarrollan campañas nacionales e internacionales de alto impacto mediático por la defensa del medio ambiente. Mientras realiza campañas específicas de protesta, también elabora documentos técnicos sobre temas clave y realiza esfuerzos de *lobby* en conferencias internacionales de las Naciones Unidas para influenciar en las decisiones de los Estados.

Dieter Rucht, junto con los dos modelos previos, que mayormente se engloban en la propuesta de una organización formal y jerárquica, reconoce la existencia de un tercer tipo-ideal:

c. Modelo de bases: *"…caracterizado por una estructura relativamente laxa, informal y descentralizada, muy centrado en la protesta política radical, no sujeta a reglas y con una gran dependencia del grado de compromiso de sus partidarios"* (Rucht, 1999: 266).

Este último se inscribe en la propuesta de una estructura informal y descentralizada como el modelo ideal (Gerlach y Hine, 1970; Gerlach, 2001). Sostenidos en el principio de la democracia directa, enfatizando la toma de decisiones colectivas por los participantes,

el **modelo SPIN** (por sus siglas en inglés: *segmented, polycentric and integrated network*) se define por ser:

a. Segmentado: compuesto por muchos y diversos grupos independientes, pero que se fusionan o dividen.
b. Policéntrico (o descentralizado): por carecer de un liderazgo centralizado y membresía formal, y
c. Reticular: una estructura en la que *"…las células o nodos están vinculados entre sí, no a través de un punto central, sino más bien por juegos entrecruzados de relaciones personales y otros vínculos intergrupales"* (Gerlach y Hine, 1970: 55).

A pesar de que este modelo puede ser considerado como el más amplio ya que no sólo definiría las características de la principal OMS en un movimiento social, sino también la forma organizativa del movimiento como tal; en general se lo ha presentado como un modelo alternativo al propuesto por John McCarthy y Mayer Zald. Es por ello que en el mismo sentido que el anterior, se han destacado sus beneficios: *"El estilo de organización SPIN apoya un crecimiento organizacional rápido a pesar de enfrentarse a una fuerte oposición, inspira el compromiso personal, y se adapta flexiblemente a los rápidos cambios en las condiciones [del ambiente]"* (Gerlach, 2001: 303).

El movimiento asambleario de Buenos Aires es un ejemplo de modelo SPIN. En las protestas de diciembre de 2001 presentadas en el apartado 6, las personas expresaban profunda desconfianza hacia los dirigentes, lo que produjo que buscaran organizarse de la manera más horizontal y descentralizada posible: 113 asambleas barriales independientes. El movimiento no se constituyó como una (o varias) OMS centralizadas o como una organización que buscaba aliarse para presentar candidatos, sino en un movimiento segmentado en asambleas independientes entre sí, descentralizado en una organización profundamente horizontal y que rechazaba los liderazgos fuertes; y reticular, es decir, donde se impulsaban múltiples formas de vinculación entre las asambleas y sus aliados (Rossi, 2005a: 141).

Las características del modelo de la OMS y el SPIN que permiten comprender este caso como –entre otros– los de la FTV y *Greenpeace*, son sintetizadas esquemáticamente en la Tabla 8.2.

TABLA 8.2: *MODELOS DE MOVIMIENTO SOCIAL: DEBATE ORGANIZATIVO 1970-1980*

	Modelo de la OMS	Modelo SPIN
Estructura	Centralizada y burocrática	Descentralizada e informal
Forma	Profesionalizada (rentada)	Aficionada (no rentada)
Estabilidad	Alta por capacidad de rápida respuesta	Alta por capacidad de adaptación
Membresía	Media a baja y con cuota (sin control de agenda)	Ninguna, pertenencia informal (definición colectiva de agenda)
Movilización	En nombre de otros a quienes dicen representar/apoyar	Directa por los interesados y mayormente radical
Nexos	Principalmente formales	Informales e inestables
Difusión	Por redes de solidaridad preexistentes	Por las redes que conforman el movimiento

Fuentes: Jenkins (1994); Gamson (1975); Gerlach y Hine (1970); Gerlach (2001); McCarthy y Zald (1977); Oberschall (1973); Rucht (1999).

Más allá de las ventajas que cada enfoque se autoadjudica, cada uno ha permitido diferentes avances en el conocimiento de las características de los movimientos. El modelo de la OMS favoreció el estudio comparado de diversas organizaciones en varios países de Europa, considerando sus niveles de formalidad, profesionalización, división interna del trabajo, métodos de coordinación interna, de financiación y tamaño de la membresía (Kriesi, 1999). También permitió realizar análisis de patrones de evolución organizacional, demostrando que la burocratización es una de varias opciones posibles (Kriesi, 1999; della Porta y Diani, 1999: 148-149). El modelo SPIN, por su lado, sentó parte importante de las bases para la definición más acabada de los movimientos sociales presentada en el apartado 4 (Diani, 1992, 2003a, 2003b).

7.2. Debate 1990-hoy: Modelo de redes transnacionales de activistas vs. Modelo de movimientos alter-globalización

A partir de la expansión de las tecnologías de las comunicaciones con el surgimiento de la Internet y la amplificación de la globalización, las formas de organización parecen estar cambiando. Esto ha provocado el resurgimiento de las controversias sobre la explicación de cómo se organizan, en este caso, los más recientes movimientos alter-globalización (Bennett, 2003, 2005a; Ghimire, 2005; Keck y Sikkink, 1998; Rucht, 2005; Sikkink, 2003; Tarrow, 2005).

La muy influyente obra de Margaret Keck y Kathryn Sikkink (1998) propuso la definición de las nuevas formas de organización transnacional imperante en la actualidad. Las autoras las llamaron **redes transnacionales de activistas** (o *transnational advocacy networks*), las que se diferencian de los movimientos transnacionales por no generar acciones coordinadas de movilización en diversos países, sino por ser: *"…configuraciones más informales [que las ONG] de actores no estatales. Las redes son conjuntos de actores cuya vinculación traspasa las fronteras nacionales, que están unidos por valores comunes, por intercambios de información y servicios, y por discursos compartidos"* (Sikkink, 2003: 303).

Estas redes transnacionales de activistas no sólo intentan influir en las políticas públicas, sino que aprovechando la difusión de las comunicaciones y los foros internacionales realizados o promovidos por las Naciones Unidas y otros organismos internacionales o regionales (Mercosur, Unión Europea, Organización de Estados Americanos [OEA], etc.), buscan *"… transformar los términos y la naturaleza de los debates"* (Keck y Sikkink, 1998: 2).

Lance Bennett (2003; 2005a), por su parte, ha estudiado el impacto de las comunicaciones en los movimientos sociales, identificando una serie de importantes modos en los que el activismo transnacional está siendo transformado. Según este autor, los movimientos actuales toman la forma de redes difusas, donde la identificación del individuo con el movimiento es más laxa, permitiendo la introducción de una multiplicidad de intereses diversos. Esto se debe a que las ideologías resultan menos centrales en la constitución de los grupos, y a que las organizaciones nacionales y locales con importantes estructuras y bases sociales son menos significativas para el desarrollo de campañas. Finalmente, estas tecnologías han aumentado los beneficios estratégicos de las comunicaciones virtuales y de las organizaciones pequeñas y de escasos recursos, promoviendo campañas rápidas e intensivas que "saltan" de un tema a otro.

El autor reconoce que el impacto de las comunicaciones no es idéntico en las organizaciones con más antigüedad y recursos, que en las nuevas que tienden a rechazar las formas

tradicionales de hacer política. Mientras las viejas utilizan las comunicaciones para amplificar sus funciones tradicionales y establecer redes transnacionales de activistas, las nuevas buscan explorar diferentes paradigmas organizativos basados en la Internet y la noción de redes (Bennett, 2003: 145). Estas últimas –**el modelo de los movimientos alter-globalización**– demuestran para Lance Bennett (2005a) que se ha ingresado en una nueva generación de organización de los movimientos transnacionales. Ya no responden al modelo de la OMS ni al de las redes transnacionales de activistas, sino que parten del modelo SPIN, adaptando y siendo moldeados por las tecnologías de las comunicaciones.

Independientemente de que los argumentos pueden ser criticados por sobrevaluar el poder unívoco de las comunicaciones (Rossi, 2010), este aporte posibilita reabrir el debate sobre la organización ideal (sintetizado en la Tabla 8.3).

TABLA 8.3: *MODELOS DE MOVIMIENTO SOCIAL: DEBATE ORGANIZATIVO 1990-HOY*

	Modelo de la red transnacional de activistas	Modelo de los movimientos alter-globalización
Estructura	Centralizada con organizaciones líderes	Policéntricas, distribuidas
Forma	Coaliciones estratégicas con intermediarios políticos	Grupos de afinidad y campañas permanentes
Estabilidad	Por temas/objetivos. Las identidades por organización crean fracturas entre líneas internas	Código organizacional de diversidad inclusiva crea redes densas con vínculos débiles
Membresía	Baja (pago de cuota) sin control de agenda	Ninguna, pertenencia informal (definición colectiva de agenda)
Movilización	Campañas estratégicas, activación de miembros	Calendario permanente de protestas basado en la infraestructura tecnológica
Nexos	Por intermediación de políticos de alto nivel (y alto costo)	Sin (o con muy poca) intermediación
Difusión	Entre redes homogéneas	Por redes de diverso tipo

FUENTE: ADAPTADO DE BENNETT (2005A: 215, TABLA 9.2).

Aunque en los debates sobre la forma organizativa muchas veces está implícita la apreciación del autor sobre la forma "ideal" (por eficiencia-eficacia, o por valoraciones de todo tipo), es importante destacar que los organizadores de un movimiento difícilmente adopten de modo puro cualquiera de estos modelos ideales. Generalmente, los activistas que mayor influencia tienen sobre el movimiento u organización (sean sus líderes reconocidos o no) deben dirimir un dilema central: *"… crear modelos organizativos que sean suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes, pero lo bastante flexibles para cambiar con arreglo a las circunstancias y nutrirse de la energía de su base"* (Tarrow, 1997: 237). Pero esta decisión no es exclusivamente utilitaria, resulta importante recordar que la organización del movimiento expresa principios y valores de sus miembros, quienes generalmente articulan en ella una voluntad de experimentar con formas organizativas en una especie de *"… laboratorio donde los actores ensayan su capacidad de desafiar los códigos culturales dominantes"* (Melucci, 1989: 74).

8. EL PODER DEL MOVIMIENTO: LA PROTESTA

Los movimientos sociales son mucho más que una maquinaria al servicio de la protesta, pero este modo de expresión política –como es posible apreciar en todos los ejemplos– es el

que más utilizan. El acudir a esta forma de desafío público no es exclusivo de los movimientos sociales, también los partidos políticos y los grupos de interés a veces recurren a la protesta, solos o en alianza con movimientos.

> *No obstante, la protesta (particularmente en su máxima innovación y radicalización) ha sido considerada como una forma de acción típica de los movimientos sociales porque, a diferencia de los partidos políticos y los grupos de presión, poseen escasos canales a través de los cuales pueden acceder a los que toman decisiones* (della Porta y Diani, 1999: 170).

La carencia de recursos económicos, organizaciones estables y vínculos de acceso privilegiado al Estado son –como ha sido expuesto en la introducción– los que llevan a que las personas utilicen esta forma de acción colectiva para expresar sus intereses. Como incluso en numerosas ocasiones los grupos que recurren a la protesta carecen de representación en las instituciones formales y sus actores privilegiados (en especial los partidos y los actores corporativos), muchas veces la protesta es la única forma de manifestar el descontento, exigir el cumplimiento de derechos o evitar algún perjuicio. La protesta, al igual que los movimientos, tiene un carácter político y se dirige a las autoridades. Pero, a diferencia de éstos, puede suceder sin una organización preexistente, y no siempre produce movimientos. Asimismo, *"… son más discontinuas, más cortas como acción propiamente dicha y además menos previsibles"* (Giarracca y Bidaseca, 2001: 25). De todas maneras, la protesta pública y colectiva, con sentido político es considerada el método de expresión por excelencia de los movimientos sociales. Por **protesta** se entiende:

> *[…] los acontecimientos visibles de acción pública contenciosa de un colectivo, orientados al sostenimiento de una demanda (en general con referencia directa o indirecta al Estado). En este sentido, cabe remarcar que el concepto se limita a partir de su carácter contencioso e intencional, por un lado, y de su visibilidad pública, por el otro* (Schuster y Pereyra, 2001: 47; Schuster, 2005: 56).

8.1. La protesta: su repertorio y sus lógicas

Algunas formas de protesta son las movilizaciones masivas en plazas y calles, las sentadas, las barricadas, los boicot, los cortes de rutas o piquetes, los cacerolazos, la recaudación de firmas para exigir una medida o ley, y las huelgas sindicales.[4] Incluso ciertos autores consideran que el enviar una carta a un periódico, publicar una solicitada o desarrollar campañas de difusión por correo electrónico o desde una página de la Internet son formas de protesta (Rucht, 1998). La diversidad es muy amplia, pudiendo surgir variantes y evolucionar a través del tiempo.

Sin embargo, desde el siglo XVIII el repertorio de protesta ha permanecido básicamente intacto. **Repertorio de protesta** significa: *"… la totalidad de los medios de los que dispone [un grupo] para plantear exigencias de distinto tipo a diferentes individuos o grupos"* (Tilly, 1986:2). Esta definición *"… identifica un conjunto limitado de rutinas que son aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso deliberado de elección. Los repertorios son creaciones culturales aprendidas, ellos no derivan de formas abstractas filosóficas o tienen lugar como resultado de propaganda política; ellos emergen de la lucha…"* (Tilly, 1995: 26). En otras palabras, es el conjunto de acciones colectivas de las que dispone una población en un determinado momento (Tilly, 1978). Aunque los cortes de rutas parecen ser un nuevo invento del movimiento piquetero, éste ya era realizado por los movimientos obrero y anarquista desde fines del 1800. Los gru-

pos de desocupados y aliados que conforman el movimiento piquetero no "inventaron" esta protesta, sino que adoptaron un repertorio aprendido históricamente del movimiento obrero, redefiniéndolo en su contexto actual. El término **repertorio de protesta** se refiere a este tipo de herramientas culturalmente disponibles.

El repertorio actual –como ya se ha dicho– ha surgido en el siglo XVIII y perdura hasta la actualidad. Esto se debe a que la evolución de un repertorio de protesta es un proceso sumamente lento y que responde a grandes transformaciones. Los tres grandes procesos que han determinado el repertorio actual son: la creación del Estado-nación, el desarrollo del capitalismo y la emergencia de los medios de comunicación masivos (Tarrow, 1997; Tilly, 1986, 1995, 2004; Tilly, Tilly y Tilly, 1975). Su resultado ha sido la constitución del **repertorio modular de la protesta**, el que posee como características distintivas (Tarrow, 1997: cap. 2):

a. Perspectiva nacional: supone la coordinación de varios espacios locales.

b. Autonomía respecto del Estado: no implica la sustitución temporal o caricaturesca de quienes tienen el poder; y

c. Modularidad: puede ser reproducido por diversos actores para alcanzar variados objetivos.

El movimiento por los derechos civiles liderado por Martin Luther King Jr. en su lucha contra la segregación racial en el sur de los Estados Unidos adoptó la desobediencia civil pacífica. Este repertorio, que incluyó las sentadas en espacios públicos, fue tomado del movimiento independentista de la India liderado por Mahatma Gandhi. La modularidad permite que un mismo tipo de protesta sea aplicado en lugares muy distintos y ante circunstancias tan disímiles como la que debió enfrentar un caso y el otro.

En el repertorio modular de la protesta conviven **tres lógicas**, cada una sustentada en un principio diferente, las que pueden combinarse. Todas ellas representan el poder con el que cuenta esta forma de acción colectiva:

a. La lógica del potencial daño material: el principio es el de la violencia política, el que implica infligir las mayores pérdidas materiales posibles a aquel que es considerado antagonista. La protesta es disruptiva, es decir busca alterar el desenvolvimiento de la vida política cotidiana, concentrando la atención sobre quienes reclaman y sus objetivos, es por ello que *"… un cierto componente de disturbio material está presente en las más diversas formas de protesta"* (Cotta, della Porta y Morlino, 2004: 130). Como dicen estos autores: *"Es claro que la quiebra de la rutina tiene sobre todo un valor simbólico: (…) el efecto que estos actos tienen como deslegitimador del Estado como monopolizador de la fuerza legítima"* (Cotta, della Porta y Morlino, 2004: 130).

b. La lógica de los números: el principio es el de la democracia representativa, demostrando que existe una mayoría en un tema determinado que piensa diferente respecto de los representantes (DeNardo, 1985). *"Entonces, cuanto mayor sea el número de los manifestantes tanto mayor será no sólo el disturbio producido en el momento inmediato, sino también el potencial de pérdida de consenso para el gobierno que no acepte negociar con ellos [los manifestantes]"* (Cotta, della Porta y Morlino, 2004: 130).

c. La lógica del testimonio: el principio es el de la democracia participativa, donde el poder emana del esfuerzo personal y no de una autoridad formal. Como señalan:

> *"Estas acciones buscan demostrar un fuerte empeño por un fin considerado de vital importancia para la suerte de la humanidad. El objetivo principal de los activistas es demostrar, con el propio ejemplo, la posibilidad de lograr colectivamente los objetivos universales en vista"* (Cotta, della Porta y Morlino, 2004: 131). Muchas veces puede implicar acciones que ponen en riesgo la vida del manifestante, como son ciertos actos de desobediencia civil pacífica.

Estas lógicas pueden coexistir, como surgir en formas diferentes. Una manifestación masiva de estudiantes que pacíficamente se oponen a una reforma educativa sentados en la calle implica la lógica de los números, mostrando que los directos interesados no están de acuerdo con el gobierno. Al debatir en asamblea cómo debería ser la reforma educativa, la lógica del testimonio entra en escena: los manifestantes expresan con el ejemplo el modo en que creen que debería tomarse esta decisión (consultándolos, de manera horizontal, etc.). Si incluso la calle que cortan es una avenida central de la ciudad por su valor simbólico o material, la lógica del daño material está presente. El deseo es ser vistos por el gobierno y la población en general (muchas veces intentando atraer a los medios de comunicación), concentrando la atención de quienes toman decisiones o de potenciales aliados, mostrando el poder de alterar el orden imperante –produciendo algún perjuicio– si no son escuchados.

8.2. Represión policial

La represión policial es central para la comprensión de la protesta ya que afecta de sobremanera las posibilidades de protestar y el tipo y alcance de la acción colectiva, divergiendo en los diferentes sistemas políticos (Duyvendak y Giugni, 1995; Koopmans y Kriesi, 1995). Si bien los medios masivos de comunicación sobredimensionan y presentan constantemente la violencia en las protestas, ésta es más bien la excepción antes que la regla (McPhail y McCarthy, 2005). Debido a que la policía y los manifestantes "aprenden" a evitarla en el curso de su interacción, los eventos donde se desencadenan confrontaciones violentas resultan menores cuanto mayor experiencia tengan las partes (della Porta, 1995, 1999; McPhail y McCarthy, 2005).

Donatella della Porta (1995, 1999) ha elaborado una tipología de la represión policial basada en: el rango de comportamientos y grupos disidentes considerados prohibidos (posición tolerante versus represiva de la policía hacia los manifestantes); y la lógica dominante de intervención policial (uso reactivo de la fuerza versus uso proactivo de los servicios de inteligencia y la disuasión). Esta clasificación la ha llevado a afirmar que las estrategias represivas afectan el repertorio de protestas, y éstas, las formas de reprimir y el accionar policial.

A su vez, Myra Marx Ferree (2005) ha argumentado que en las democracias contemporáneas la represión está mayormente descentralizada y no es únicamente física. Ya que muchos movimientos se concentran en el cambio cultural, éstos no padecen de una represión "dura" (violencia física), sino de una "blanda", de tipo cultural, sufriendo de marginación, silenciamiento y estigmatización. Por su parte, Ruud Koopmans (2005) afirma que la relación entre los grupos disidentes y la represión no es directa, sino que está mediada por la prensa y en especial por la televisión. La decisión de las autoridades de reprimir está basada menos en las acciones específicas del grupo, que en la percepción negativa de la opinión pública hacia estos manifestantes.[5]

8.3. Ciclos de protesta

La protesta no es constante, sino que sigue un patrón de flujo y reflujo. Los llamados "ciclos de protesta", momentos donde se intensifica la acción colectiva, representan los períodos de movilización visible, pero los movimientos sociales no se encuentran en un estado de activación permanente. Éstos siguen períodos de latencia y visibilidad. En los primeros construyen los recursos de solidaridad e identidad que permiten establecer el marco cultural sobre el que ejercitan la democracia directa, colaboran con diversas causas, etc. En suma *"… [es cuando] practican significados alternativos de la realidad"* (Melucci, 1989: 71). Esto posibilita la acción visible cuando las oportunidades políticas lo favorezcan.

Cuando emerge la protesta y se desenvuelven los mecanismos para la aparición de un movimiento, el mismo se encuentra en el período de visibilidad, es decir cuando se expresa en el espacio público. Este período llamado **ciclo de protesta**, implica:

> *[…] una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución* (Tarrow, 1997: 263-264).

Los ciclos se desarrollan a escala nacional, regional o mundial, con períodos de intensidad que pueden llegar a durar más de una década, como fue el caso de Italia entre 1965 y 1983. En los primeros años se produjo una importante cantidad de huelgas y marchas masivas por obreros y estudiantes (hasta 1972), las que fueron declinando a medida que el conflicto político se radicalizaba y grupos violentos como las *Brigate Rosse* incrementaban sus actos terroristas (superando los 250 en 1978). Esto fue produciendo el declive del ciclo, concluido con la persecución política de las *Brigate Rosse* y la desmovilización de la mayoría de las personas que antes participaban en eventos de protesta (della Porta, 1995; Tarrow, 1989). Es importante notar que un ciclo de protesta no necesariamente termina como sucedió en Italia. Muchas veces, como en el caso de los cacerolazos en la Argentina, la protesta sufrirá de creciente rutinización, perdiendo su poder disruptivo y agotándose a sí misma (Rossi, 2005b).

9. MOVIMIENTOS SOCIALES EN SU CONTEXTO POLÍTICO: ESTUDIOS COMPARADOS

Horrorizado por la violencia y las pérdidas que él y su clase habían sufrido durante las revoluciones de 1830 y 1848 en Francia, el noble Alexis de Tocqueville se preguntó por qué tales hechos habían sucedido en su país. Su inquietud lo llevó a buscar qué diferenciaba a Francia de la otra nación donde la participación popular era igualmente incipiente: los Estados Unidos. Luego de un viaje por este país publicó la primera parte de *La democracia en América* (1835) donde intentaba develar las características de esta particular forma de gobierno, tarea continuada en 1840. En 1856 publica *El Antiguo Régimen y la revolución*, buscando explicar por qué en el siglo XVIII se había originado un proceso irreversible que desembocaría en la Revolución Francesa de 1789. Su interés central fue siempre comprender cómo y por qué dos países emprendieron caminos diferentes hacia un mismo régimen.

Para los investigadores sobre movimientos sociales la obra de Alexis de Tocqueville representa el primer análisis comparado sobre las diferencias en las características del Estado y sus efectos sobre la participación política no institucional. El pensador galo argumentó que la existencia en los Estados Unidos de un Estado débil (por carecer las colonias que le dieron origen de una autoridad central común y basarse en experiencias arraigadas de autogobierno local) conlleva una sociedad civil fuerte que desarrolla organizaciones sociales para articular sus intereses. Por lo tanto, la protesta en ese país será constante, pero pacífica y desde abajo, no sufriendo períodos de violencia extrema y floreciendo la democracia. En cambio, en Francia la existencia de un Estado fuerte (centralizado y concentrando la casi totalidad de las funciones sociales debido al legado de la experiencia del Estado absolutista) conlleva una sociedad civil débil (con bajo nivel de autoorganización). Esto llevará a que se desarrollen episódicas, pero violentas revueltas como las que vivió desde 1789.

Siguiendo la senda de Alexis de Tocqueville, durante el siglo XX se realizaron los primeros estudios comparados de movimientos sociales en las dos orillas del Atlántico. Peter Eisinger (1973) comparó varias ciudades de Estados Unidos con el objetivo de examinar cuándo las oportunidades políticas eran más promisorias para la emergencia de la protesta. En Inglaterra, Herbert Kitschelt (1986), en cambio, desarrolló el primer trabajo comparado transnacional para comprender de qué manera las características institucionales influenciaban en el desarrollo e impacto del movimiento antinuclear.

Los movimientos están siempre orientados al conflicto y son en esencia políticos, entonces la pregunta sobre el medio político donde interactúan resulta elemental para comprender su naturaleza. Tanto es así que muchos investigadores han argumentado que *"… la naturaleza y desarrollo de los movimientos no puede ser entendida sin la referencia al rol central del Estado"* (Jenkins y Klandermans, 1995: 3). Mayormente concentrados en las variables nacionales y estatales, los estudios sobre la relación entre el movimiento y su entorno han producido una fecunda literatura comparada con el objeto de dilucidar: ¿qué explica las distintas estrategias, tácticas *y posibilidades de impacto de los movimientos sociales en los diferentes países?*

9.1. La influencia de los aspectos estables y formales I: las primeras contribuciones

La emergencia del enfoque del proceso político y su argumentación en torno a las oportunidades políticas –a pesar de ciertas críticas (Tarrow, 1997)– permitió desarrollar estudios comparados transnacionales. La hipótesis subyacente a todos ellos es la que Alexis de Tocqueville esbozó hace más de ciento setenta años, a saber: *la mayor apertura del sistema político a los movimientos está determinada por el número y la diversidad de puntos de acceso al sistema.*

Herbert Kitschelt, a partir de una redefinición del concepto de oportunidades políticas que ya no sólo busca explicar el *porqué* del surgimiento, sino *las causas de las tácticas e impacto* una vez en la escena política nacional, afirma que *"… la estructura de oportunidades políticas funciona como 'filtros' entre la movilización del movimiento y las elecciones estratégicas y su capacidad de cambiar el entorno social"* (Kitschelt, 1986: 59). De esta manera, resulta central el estudio del grado de apertura o cierre del sistema político a la influencia de los movimientos (Eisinger, 1973), y la fortaleza o debilidad del Estado para responder a las demandas si éstas producen impacto (Kitschelt, 1986). Para llevar adelante esta tarea delimitó siete funciones de la oportunidad política (o "sistema político" para evitar confusiones con las formulaciones

sobre la emergencia), las cuales pueden dividirse en cuatro de *input* y tres de *output*. La primera de ellas, en relación con el grado de apertura del sistema político, consta de:

a. El nivel de fragmentación del sistema de partidos: cuanto más centrífuga sea la competencia más difícil será confinar la articulación de intereses únicamente a la política electoral.

b. La capacidad del poder legislativo para desarrollar y controlar políticas públicas independientemente del poder ejecutivo: siendo que el parlamento parte en su conformación de la representación proporcional, éste es considerado en una situación donde debe responder a los reclamos y rendir cuenta a los electores más que el ejecutivo (lo que hace al primero más permeable).

c. El patrón de intermediación entre los grupos de interés y el ejecutivo: cuanto más pluralista sea el sistema, más fluidos serán los vínculos posibles de los movimientos; y

d. La existencia de canales efectivos para la formación de compromisos y consensos sobre las políticas públicas: esto determinará el nivel de agregación de intereses por medio de mecanismos viables para la construcción de coaliciones que hagan efectivas las demandas.

Las funciones que –por el lado del *output*– determinan la capacidad del sistema político para implementar las demandas de los movimientos, es decir, la fortaleza del gobierno para formular e implementar sus decisiones, son:

a. El grado de centralización del aparato estatal: cuanto menos descentralizada sea la estructura del Estado, más fácil resultará para el gobierno nacional la ejecución de sus decisiones, al requerir menos negociaciones.

b. El grado de control del gobierno sobre los actores del mercado económico: cuanto más peso tenga en el sector financiero, en la producción del producto bruto y en el empleo total, más efectivas serán sus políticas públicas; y

c. El grado de relativa independencia y autoridad del poder judicial en la resolución de los conflictos políticos: cuanto más independiente, más difícil será la toma unilateral de decisiones políticas por el poder ejecutivo.

A partir de esta serie de funciones de *input* y *output*, Herbert Kitschelt comparó la relación con el Estado del movimiento antinuclear en Estados Unidos, Francia, Suecia y Alemania Occidental entre 1973 y 1984, concluyendo que la combinación entre el grado de apertura y de fortaleza de cada Estado determinará las estrategias de los movimientos sociales de diversas maneras:

a. Si el sistema político es abierto y débil, los movimientos tenderán a adoptar estrategias asimilativas, *"… los movimientos intentarán trabajar por medio de las instituciones establecidas porque las estructuras de oportunidad política ofrecen múltiples puntos de acceso"* (Kitschelt, 1986: 66).

b. Si el sistema político es cerrado y fuerte, pudiendo poner barreras a quienes lo desafíen, *"… los movimientos intentarán adoptar estrategias confrontacionales y disruptivas orquestadas fuera de los canales establecidos…"* (Kitschelt, 1986: 66).

Las características del contexto a su vez facilitarán o impedirán el impacto del movimiento, pudiendo tener un efecto procedimental, sustantivo (Gamson, 1975) o estructural (Kitschelt, 1986). En la próxima sección serán analizados en detalle los distintos tipos de cambio político que producen los movimientos, aquí resulta interesante tan sólo notar el modo en que las dimensiones del contexto determinan estrategias e impactos de los movimientos. Finalmente Herbert Kitschelt afirma que:

a. Estados Unidos tiene un sistema político débil y abierto, por ello es más fácil para los movimientos influir, pero se logran éxitos moderados; en cambio,

b. Francia tiene un sistema cerrado y fuerte, y por tanto es difícil conseguir influir, pero los logros de los movimientos serán más cruciales.[6]

9.2. La influencia de los aspectos estables y formales II: nuevos estudios comparados

La labor iniciada por este estudio precursor ha abierto las puertas a una nueva generación de investigaciones comparadas (Jenkins y Klandermans, 1995; Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, 1995) las que –en la mayoría de los casos– han intentado expandir y refinar las hipótesis originales.

En referencia a la distribución territorial del poder, se ha estudiado con sumo detalle los efectos de los regímenes federales y unitarios, observando que la **distribución territorial del poder** produce en los movimientos tres principales efectos (Giugni, 1997):

a. Los movimientos tienden a reproducir las estructuras organizativas del país en el que se desenvuelven, estableciendo OMS orientadas exclusivamente hacia el nivel nacional en los regímenes unitarios y tendiendo a producir diversos niveles (municipales, provinciales y nacionales) en los federales.

b. El repertorio de acciones de protesta será más moderado en los regímenes federales en comparación con los unitarios, ya que el federalismo –por sus múltiples instancias electivas– implica mayores posibilidades de acceso; y

c. El impacto en los diferentes regímenes será opuesto, en los federales será mayormente reactivo y bajo debido a la multiplicidad de puntos de control y negociación (*checks & balances*), mientras que en los unitarios, si el gobierno es aliado, los efectos proactivos serán altos.

Otros aportes se han preocupado por la **distribución funcional del poder**, partiendo de que cuanto mayor sea la división del poder entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial, mayor será el número de canales diferentes de acceso. En el sistema parlamentario la apertura será superior que en el sistema presidencial porque este último provee menos canales de toma de decisiones donde influir (della Porta y Diani, 1999: 198; Koopmans y Kriesi, 1995: 29). Sin embargo, en ambos la autonomía del poder judicial será una barrera para la toma de decisiones inconsultas por cualquier autoridad política (Kitschelt, 1986).

La **importancia de los canales de intermediación**, es decir, la centralidad de los partidos políticos, grupos de interés y la burocracia (Koopmans y Kriesi, 1995: 31) como canales excluyentes de toma de decisiones se ha considerado una fuente de exclusión de los movimientos. No obstante, el grado de institucionalización de los procedimientos de democracia directa (plebiscitos y referéndum) pueden implicar una mayor apertura a la influencia

directa de los movimientos, moderando los reclamos y repertorios de acción (Koopmans y Kriesi, 1995: 32-33), y –como es el caso de los cantones alemanes de Suiza– sancionando con la represión y exclusión del proceso de toma de decisiones a quienes no los utilicen como único canal (Kriesi, 1995b: 179).

En un régimen neocorporativo se establecerán procesos de intermediación de intereses para el control sobre la formulación de las demandas (Schmitter, 1981) y para su satisfacción que producirán una disminución en el número e impacto de las protestas (Nollert, 1995). En el caso de América Latina, los canales corporativos resultan muchas veces los únicos disponibles.

Como señala Joe Foweraker*: "En América Latina tanto la Iglesia como las oficiales (y corporativas) organizaciones de trabajadores han probado ser fecundos contextos institucionales para nutrir la movilización social…"* (1995: 67). Por ejemplo, la principal organización del movimiento por la reforma agraria de Brasil, el *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* (MST) fue creada en 1984 debido a los vínculos que los campesinos del sur del país promovieron gracias al apoyo de una organización de bases de la Iglesia Católica, la *Comissão Pastoral da Terra* (Fernandes, 2000).

Pero estos dispositivos no siempre favorecen la movilización, *"… el Estado en América Latina ha tradicionalmente actuado para cooptar a los movimientos sociales, mayormente por medio de mecanismos corporativos"* (Foweraker, 1995: 65). En resumen, un régimen neocorporativo puede ofrecer mecanismos que favorecen a los movimientos proveyendo de aliados, pero también puede implicar una fuente de desmovilización.

Finalmente, si los partidos políticos resultan actores que monopolizan el proceso de toma de decisiones, en un sistema de partidos altamente estructurado, los movimientos serán marginales. Los casos de Uruguay y Chile, en donde a su vez encontramos Estados fuertes y territorialmente centralizados, resultan claros ejemplos en este sentido, explicando en parte la abrupta desmovilización que sufrieron luego de la transición democrática (Canel, 1992; Schneider, 1992; Hipsher, 1998). En cambio, si el sistema electoral es de representación proporcional, encontrarán más aliados en el sistema de partidos al permitir el acceso de minorías (Kriesi, 1995: 180).

9.3. La influencia de los aspectos dinámicos e informales

Las características formales o más estables del sistema político no son las únicas relevantes en la explicación de las estrategias y el impacto de los movimientos. Sin negar la importancia de lo presentado en el apartado anterior, un estudio completo del contexto político requiere de la consideración por los aspectos dinámicos e informales del espacio donde los movimientos sociales interactúan políticamente.

Hanspeter Kriesi y sus colaboradores (Kriesi, 1995, 1999; Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, 1995), desarrollaron un importante estudio comparado de varios movimientos en cuatro países europeos (Alemania Occidental, Francia, Suiza y los Países Bajos) entre 1975 y 1989, donde han subrayado la necesidad de distinguir entre la estructura formal de un sistema político y las formas en que los actores políticos típicamente las utilizan. Tan importante como los aspectos formales son *"… las premisas informales en el proceder, los entendimientos implícitos y explícitos que emergen en el proceso político y guían la acción de las autoridades"* (Kriesi, 1995: 173). En particular para el estudio de los movimientos sociales y la protesta,

destacan dos aspectos ignorados por los análisis comparados (Koopmans y Kriesi, 1995; Kriesi y Giugni, 1995; Kriesi, 1995):

a. Los procedimientos informales predominantes en relación con los grupos desafiantes: permiten comprender por qué algunos aspectos formales compartidos (por ejemplo, la descentralización territorial del poder), en países diferentes producen efectos disímiles; y

b. La configuración de poder relevante para la disputa con los grupos desafiantes (la distribución del poder y la relación existente entre los actores en un subsistema político determinado): permite entender la interacción del movimiento con los aliados y antagonistas.

Sobre la base de estos aspectos reconocen diversos tipos de **estrategias dominantes** en los procedimientos informales de las autoridades: las excluyentes (represivas, confrontativas o polarizantes) y las inclusivas (facilitadoras, cooperativas o asimilativas) (Kriesi, 1995: 173-174). La combinación de estos tipos de estrategias en sistemas políticos fuertes o débiles, producirán efectos –en parte– diferentes a los que inicialmente se pensaba. En otras palabras, si se considera que además de los aspectos formales del sistema es importante el modo en que los actores políticos han resignificado y reutilizado las estructuras existentes, es posible observar estrategias e impactos diferentes en contextos formalmente similares (Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, 1995).

La importancia de la existencia de aliados influyentes es un elemento básico de las oportunidades políticas para la emergencia de los movimientos sociales. Una vez en escena, estos aliados, en especial los partidos políticos de izquierda y los sindicatos, resultan cruciales para los movimientos. Los sindicatos poseen en general un acceso privilegiado a los canales de toma de decisiones y pueden potenciar el alcance de toda acción de protesta (della Porta y Diani, 1999: 213; Kriesi, 1995).

Entre los aliados disponibles, los partidos políticos de izquierda son los más importantes –por lo menos– en el contexto europeo ya que comparten con los movimientos el electorado/ciudadanía (della Porta y Rucht, 1995). La presencia de partidos aliados, al menos durante las transiciones democráticas de América Latina demostraron ser importantes, tanto como formas de traducir reclamos en políticas públicas, así como fuentes de desmovilización (Rossi y della Porta, 2009).

No debe ignorarse que el impacto de los aspectos estables o formales y dinámicos o informales del contexto político no será absoluto, estático ni igual en cualquier tipo de movimiento social. La magnitud de la relevancia del contexto político sobre la trayectoria de un movimiento *"… es una función [de la] orientación general [del movimiento], del nivel de desarrollo de su infraestructura organizacional y de la estructura del problema con el que se enfrenta"* (Kriesi, 1995: 192). Sólo los movimientos del tipo "instrumental" se verán altamente afectados por los aspectos examinados (Duyvendak y Giugni, 1995; Kriesi, 1995: 192-193).

También es importante tener presente que las acciones de los movimientos y de las autoridades políticas influirán en los subsecuentes encuentros, alterando las estrategias dominantes de las elites y los objetivos, estrategias y –en algunos casos– características de los movimientos (Kriesi y Giugni, 1995: xv).

10. EL IMPACTO DE LOS MOVIMIENTOS SOBRE EL ENTORNO

La gente se reúne y promueve acciones colectivas beligerantes con un objetivo, y aunque éstos pueden ser de muy diverso tipo, en el caso de los movimientos sociales su sentido es intrínsecamente político. Del mismo modo que en el apartado anterior se analizó cómo el entorno moldea –en parte– las estrategias y posibles impactos de los movimientos, en esta sección se presentarán los tipos de cambio social que promueven los movimientos en su contexto. Los movimientos también influyen con sus acciones sobre otros actores (aliados y antagonistas) produciendo transformaciones de diverso alcance que en muchas ocasiones son distintas a las buscadas (Giugni, 1995: 207-209). No obstante, aquí el interés será puesto sobre el impacto que los movimientos producen sobre el entorno, sin distinguir si éste fue perseguido intencionalmente o no. Proceso muchas veces íntimamente vinculado a su evolución como forma de acción colectiva, se expondrá una perspectiva amplia sobre el cambio social.

Una de las primeras y más influyentes tipologías del cambio producido por los movimientos fue elaborada por William Gamson (1975). En ella se establecen diferentes tipos de éxito sobre la base de la alteración concitada en las políticas públicas y tomando en cuenta los niveles de aceptación en el sistema de representación de intereses. Pese a la gran utilidad de esta tipología por su posibilidad de aplicación universal sin demasiadas adaptaciones, es parcial ya que se concentra en una única pauta de cambio social, es decir, la que se dirige exclusivamente hacia el Estado y sus mecanismos. Mientras ésta es una posible orientación del cambio social, es decir el institucional y sobre el sistema político, los movimientos –como dice Alberto Melucci– muchas veces producen *"… un cambio molecular que es cultural en el sentido antropológico: una alteración de la vida cotidiana, de las formas de vida y las formas sociales así como las relaciones personales"* (1989: 77). Los movimientos, siendo actores políticos que se asientan muchas veces sobre formas y valores alternativos a los predominantes, promueven cambios culturales que trascienden sus esferas de actuación y muchas veces impactan en el sistema político. Ante esto los investigadores han tendido a concentrarse –dependiendo de su interés y formación profesional– en el tipo de cambio cultural o en el/ del sistema político.

10.1. Cambios culturales

Gran parte de los movimientos alter-globalización buscan impulsar formas alternativas de concebir las relaciones humanas, intentando por medio del ejemplo no reproducir la verticalidad y la falta de transparencia en las tomas de decisiones, promoviendo el respeto por la naturaleza, la solidaridad y el consumo responsable, entre otros valores (Bennett, 2003, 2005ª; Ghimire, 2005; Rucht, 2005; Grimson y Pereyra, 2008). El modo en que los participantes de estos movimientos promueven sus visiones sobre el mundo que debiera ser y la forma en que tendríamos que lograrlo producen efectos sobre la población en general, en algunas ocasiones generando nuevos principios que cambian algunas pautas establecidas históricamente.

En Europa y Estados Unidos algunas organizaciones y redes de este movimiento como *Oxfam, Global Exchange* y *Sweatshop Watch* han promovido el consumo responsable de productos que generalmente son manufacturados en países pobres en condiciones de sobreexplotación, sin derechos laborales y de sindicalización, utilizando niños como mano de obra. Las campañas de estas organizaciones contra las empresas de indumentaria deportiva *Nike* y *Reebok* y de jeans *Levi's* que producen en China, Indonesia, Pakistán y Vietnam a muy bajos costos por utilizar menores de edad como única mano de obra, no se han concen-

trado en los aspectos económicos exclusivamente (por ejemplo, competencia desleal), sino que han apostado al cambio cultural entre los jóvenes. Considerando que son los principales consumidores de estos productos, han buscado impulsar la concientización sobre el daño que la compra de estos bienes produce, buscando un cambio de valores que incluya en la ponderación del consumidor, no sólo precio, calidad, imagen, reputación; sino también respeto por los derechos humanos y la convención por los derechos del niño. En otras palabras, el cambio político buscado es el de un consumidor menos egoísta que piense también a quién le compra y qué provoca con ello.

Bert Klandermans (1992) considera ejemplos como el mencionado **procesos de construcción de significados**, los que existen en tres variantes en el contexto de los movimientos sociales:

a. Discurso público: involucra a todos en una sociedad o grupo específico dentro de ella, expandiéndose por medio de las redes difusas de construcción de significados que existen en una sociedad.

b. Comunicación persuasiva: afecta sólo a aquellos a los que ha sido dirigida la comunicación, expandiéndose deliberadamente por quienes buscan estos cambios culturales; y

c. Concientización durante el proceso de acción colectiva: comprende a aquellos directamente involucrados en la acción colectiva (aunque puede incluir a espectadores simpatizantes), expandiéndose por el diálogo entre participantes y simpatizantes.

Cada uno tiene sus propias dinámicas sobre la base de las diferentes colecciones de individuos involucrados y los espacios colectivos donde se desenvuelven, participando en conjunto de un interdependiente proceso de construcción de significados. Estas organizaciones y redes apostaron a una comunicación persuasiva que permitiera la multiplicación por la concientización y favoreciera un nuevo discurso público entre los jóvenes en relación con lo que importa cuando se consume.

10.2. Cambios del/ en el sistema político

Los procesos contenciosos producidos por la interacción de un movimiento con otros actores durante un ciclo de protesta pueden engendrar cambios en el sistema político de diverso alcance, llevando incluso a la modificación total del sistema. A pesar de lo expuesto hasta este momento, no todo ciclo de protesta simplemente se apagará por agotamiento o represión, y debido a esto es que el interrogante sobre los cambios políticos provocados por los movimientos ha recibido mucha atención (Gamson, 1975; Giugni, 1995, 1998; Kitschelt, 1986; Kriesi, 1995; McAdam, 1982; McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Melucci, 1996; Meyer y Tarrow, 1998; Rossi y della Porta, 2009; Tarrow, 1997; Tilly, 2004, 2005).

Las formas de cambio político posibles, según una de las clasificaciones más exhaustivas –la elaborada por Marco Giugni (1998)– los divide entre la incorporación, la transformación y la democratización. El criterio clave en la delimitación de cada categoría es el de la existencia o inexistencia de transferencia de poder entre elites y desafiantes (en beneficio de estas últimas) y la presencia o ausencia de un cambio substancial en las reglas del juego (derechos y obligaciones).

La gradual **incorporación** de los movimientos en las estructuras y procedimientos existentes sin ser alteradas es uno de los posibles cambios políticos. En este caso, no se produce una transferencia de poder ni un cambio en las reglas del juego, sino que se agrega un nuevo actor legítimo al juego político, lo que puede conllevar (Giugni, 1998: xiv-xviii):

a. Un cambio en las políticas públicas: la incorporación de un movimiento corresponderá con la inclusión de reclamos de éstos en la agenda de gobierno, la legislación o las políticas públicas en general.

b. Un cambio en la opinión pública: la incorporación del movimiento implica la adopción de los reclamos por algún sector de la sociedad u opinión pública.[7]

c. La institucionalización del movimiento: definida como *"… la creación de un repetible proceso (…) en el cual todos los actores relevantes pueden recurrir a rutinas bien establecidas y familiares. Para los movimientos políticos, la institucionalización denota el fin de la sensación de una ilimitada posibilidad [de producir transformaciones sociales] (…) [P]ara las autoridades, significa la finalización de la incertidumbre e inestabilidad que pueden resultar cuando actores desconocidos se involucran en formas incontrolables de acción"* (Meyer y Tarrow, 1998: 21).

El ejemplo histórico y paradigmático de este último tipo de incorporación es el del *movimiento obrero*. En su origen un movimiento inclinado a sostenerse con acciones violentas en muchos casos imbuidas de una convicción revolucionaria, y cuyos núcleos más combativos rechazaban la democracia representativa y el capitalismo, fue paulatinamente incorporándose al sistema político de los países occidentales al menos de tres maneras (Giugni, 1998: xvii):

a. Convirtiéndose en parte de los arreglos de intermediación de intereses (el neocorporativismo puede ser considerado la máxima expresión en este sentido, pero no es la única forma).

b. Institucionalizando sus repertorios de protesta (a diferencia del pasado, la huelga es considerada un recurso legítimo, el que permite establecer acuerdos negociados con el sector capitalista); y

c. Formando o incorporándose a los partidos políticos, participando de la contienda electoral (a través de partidos, por lo común, de orientación socialista, laborista o socialdemócrata).

La **transformación** se distingue de la incorporación porque *"… en el proceso hay una transferencia de poder que altera substancialmente la distribución de poder en una sociedad"* (Giugni, 1998: xv). Existen dos subtipos según el grado de transformación (Giugni, 1998: xviii-xix):

a. Cambio institucional: una transformación parcial en las reglas básicas del juego político (Clemens, 1998).

b. Revoluciones: una transformación profunda (la más profunda posible), produciendo una forzada transferencia de poder en una situación de múltiples soberanías (donde quienes tienen el poder han perdido el control del monopolio de la violencia física y la legitimidad de su autoridad) (McAdam, Tarrow, Tilly, 2001: cap. 7; Skocpol, 1984).

El último tipo es el de la **democratización**: cuando al proceso de transferencia del poder se le agrega un cambio sustancial en los derechos y obligaciones (Giugni, 1998; Tilly,

2004, 2005). Por democratización se entiende la expansión e igualación de la ciudadanía, la generación de la obligación gubernamental de consultar a los ciudadanos y alguna protección para estos frente a las acciones del gobierno (McAdam, Tarrow, Tilly, 2001: 265). Este tipo de proceso muchas veces está asociado a un ciclo de protesta que produce un creciente debilitamiento del poder de turno y conlleva la transferencia abrupta o pactada del poder. En la década de 1980, Sudamérica vivió muchos de estos procesos, en la mayoría de los casos produciendo el agotamiento del ciclo de protesta trasladándose el juego político a las elites (por ejemplo, Argentina, Chile, Uruguay) (Canel, 1992; Foweraker, 1995; Hipsher, 1998; Jelin, 1985; McAdam, Tarrow y Tilly, 2001: cap. 9; Rossi y della Porta, 2009; Schneider, 1992).

El **reacomodamiento democrático** (un subtipo de democratización) se produce cuando la democracia es afectada por algún grado de alteración en las reglas del juego, pero sin llevar a una transferencia del poder (Giugni, 1998: xv). En 1968 el movimiento estudiantil francés cambió de sobremanera el juego político de su país. Los movimientos indígenas de Ecuador en 2000 obtuvieron y perdieron el poder rápidamente, sin embargo hoy la CONAIE (*Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador*) es el principal actor político. En Bolivia, luego de varios años de lucha, desde el 2006 los movimientos indígenas conforman una coalición que gobierna el país por primera vez.

11. CONCLUSIÓN

En América Latina los movimientos sociales son actores políticos cada vez más relevantes, llamando permanentemente la atención sobre la persistente injusticia social, cultural y política que vive la mayoría de la población. En la década de 1980 el desafío de los movimientos fue la democratización. Lograda al menos en su concepción procedimental, la década de 1990 los enfrentó al reto de las reformas neoliberales.

El siglo XXI los ubica ante el desafío de la continuidad y el cambio. Por un lado, los patrones de desarrollo excluyentes siguen presentándose como los móviles más urgentes, y los movimientos que luchan contra ellos perduran como los actores centrales en el campo de la protesta en la región. Por otro lado, una sanamente escéptica esperanza permite vislumbrar que –al menos– no todo sigue igual. Aunque en muchos países los movimientos indígenas aún luchan por lograr el reconocimiento efectivo de sus poblaciones (Chile, Perú, Honduras y México), en otros se enfrentan al desafío de consolidarse como fuerzas políticas centrales (Bolivia, Ecuador y Guatemala). Por su parte, los movimientos ecologistas están recuperando centralidad ante la creciente conciencia del valor futuro de la biodiversidad y el agua, y los movimientos de mujeres han logrado antes impensados avances políticos y sociales.

En todos los casos, empero, los movimientos se enfrentan a un dilema eterno: cómo lograr el equilibrio entre el deseo de autonomía que permite ensayar formas alternativas a los patrones culturales dominantes, y la necesidad pragmática de establecer alianzas para producir transformaciones efectivas. El uso del clientelismo sigue siendo frecuente en la construcción de la protesta y el sostenimiento de los movimientos. No obstante, experiencias como la lucha contra el ALCA, demuestran la posibilidad de articular exitosamente campañas regionales que permitan establecer puntos de confluencia que trasciendan los particularismos nacionalistas (Bidaseca y Rossi, 2008; Rossi, 2006).

Frente al desafío abierto por la creciente insatisfacción de la ciudadanía con la clase dirigente y la falta de voluntad o creatividad de las autoridades para ensayar alternativas innovadoras, los movimientos siempre emergen recordando que *"… en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez"* (Weber, 1997 [1919]: 178). Los activistas son personas con los pies sobre la tierra, pero también soñadores que ensayan lo que aún no ha sido pensado. Sus desafíos son la fuente de la renovación que evita que el tiempo pase sin modificar los moldes preestablecidos de lo posible.

NOTAS

[1] En trabajos posteriores del autor en colaboración (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001: 5; Tarrow y Tilly, 2006) el aspecto relacional fue expandido a una forma de interacción política excediendo a los movimientos sociales para incluir las revoluciones, democratizaciones, etc. Este tipo de política no se desarrolla por medio de los canales institucionales e implica algún tipo de disrupción en el orden establecido, por lo que es llamada "política contenciosa".

[2] Doug McAdam (2003: 288) ha agregado al modelo de Florence Passy (2003) la consideración de las redes como elemento desmovilizador. Es decir, las redes individuales de reclutamiento reclutarán si las tres funciones van promoviendo la participación. En cambio, si por ejemplo la función de socialización y constitución identitaria promueve la pasividad, la participación del individuo no sucederá.

[3] Este último sería el que más se asemejaría a la OMS propuesta por John McCarthy y Mayer Zald (1977).

[4] En la Argentina se ha desarrollado una extensa y rica literatura sobre la protesta de la década de 1990, y su relación con los procesos nacionales y provinciales de reforma del Estado, descentralización y privatización de empresas públicas (Auyero, 2002; Delamata, 2004; Giarracca y Bidaseca, 2001; Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra, 2005).

[5] El papel de los medios masivos de comunicación es mucho más amplio que el que aquí se menciona, pero debido a la imposibilidad de analizar todas las dimensiones existentes no se tratará este tema en el capítulo (algunas referencias importantes son: Bennett, 2005b; Gamson, 1992).

[6] Las conclusiones se extienden a Alemania Occidental (cerrado y débil) y Suecia (abierto y fuerte).

[7] Éste puede ser considerado un cambio cultural del tipo de "discurso político". Muchas veces los cambios no son sólo del sistema político o culturales, sino que están mutuamente imbricados en el proceso mismo de interacción contenciosa en el que el movimiento busca promover alguna transformación.

BIBLIOGRAFÍA

Alberoni, Francesco (1968), *Statu Nascenti*, Bolonia: Il Mulino.

Auyero, Javier (2002), *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires: Centro Cultural Ricardo Rojas.

Bennett, Lance (2003), "Communicating Global Activism", *Information, Communication & Society*, 6, 2: 143-168.

– (2005a), "Social Movements beyond Borders: Understanding two Eras of Transnational Activism", en della Porta, Donatella y Tarrow, Sidney (2005), *Transnational Protest and Global Activism*, Lanham: Rowman & Littlefield, 203-226.

Bennett, Lance (2005b), *News: The Politics of Illusion*, 6ª edición, Harlow: Longman.

Bidaseca, Karina y Rossi, Federico M. (2008), "Coaliciones nacionales contra procesos continentales de liberalización comercial: la Autoconvocatoria No al ALCA", en Grimson, Alejandro y Pereyra, Sebastián (eds.), *Conflictos globales, voces locales: Movilización y activismo en clave transnacional*, Buenos Aires: UNRISD-Prometeo, 51-89.

Blumer, Herbert (1946), "Collective Behavior", en Lee, Anne (ed.), *New Outline of the Principles of Sociology*, Nueva York: Barnes and Noble, 162-222.

Calderón, Fernando (1997), "Los movimientos sociales en América Latina: entre la modernización y la construcción de la identidad", en Quesada, Fernando (ed.), *Filosofía política I: Ideas políticas y movimientos sociales*, Madrid: Trotta, 187-202.

Canel, Eduardo (1992), "Democratization and the Decline of Urban Social Movements in Uruguay: A Political-Institutional Account", en Escobar, Arturo y Álvarez, Sonia (eds.), *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy, Boulder: Westview, 276-290.*

Castells, Manuel (1997), *The Information Age: Economy, Society and Culture. The Power of Identity, Volume 2*, Oxford: Blackwell.

Cattacin, Sandro; Giugni, Marco y Passy, Florence (1997), *Mouvements Sociaux et État: Mobilisations sociales et Transformations de la Société en Europe*, Arles: Actes Sud.

Clemens, Elisabeth (1998), "To Move Mountains: Collective Action and the Possibility of Institutional Change", en Giugni, Marco; McAdam, Doug y Tilly, Charles (eds.), *From Contention to Democracy*, Lanham: Rowman & Littlefield, 109-124.

Cohen, Jean (1985), "Strategy and Identity: The Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, 52, 4: 663-716.

Cotta, Maurizio; della Porta, Donatella y Morlino, Leonardo (2004), *Fondamenti di Scienza Politica*, Bolonia: Il Mulino.

Delamata, Gabriela (2004), *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires: Centro Cultural Ricardo Rojas.

della Porta, Donatella (1995), *Social Movements, Political Violence and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Nueva York: Cambridge University Press.

– (1999), "Movimientos sociales y Estado: Algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta", en McAdam, Doug; McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 100-142.

della Porta, Donatella y Diani, Mario (1999), *Social Movements. An Introduction*, Oxford: Blackwell.

della Porta, Donatella y Rucht, Dieter (1995), "Left-Libertarian Movements in Context: A Comparison of Italy and West Germany, 1965-1990", en Jenkins, Craig y Klandermans, Bert (eds.), *The Politics of Social Protest. Comparative Perspectives on States and Social Movements*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 229-272.

DeNardo, James (1985), *Power in Numbers. The Political Strategy of Protest and Rebellion*, Princeton: Princeton University Press.

Diani, Mario (1992), "The Concept of Social Movement", *The Sociological Review*, 40: 1-25.

– (2003a), "Introduction: Social Movements, Contentious Actions, and Social Networks: 'From Metaphor to Substance'?", en Diani, Mario y McAdam, Doug (eds.), *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action*, Nueva York: Oxford University Press, 1-18.

– (2003b), "Networks and Social Movements: A Research Programme", en Diani, Mario y McAdam, Doug (eds.), *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action*, Nueva York: Oxford University Press, 299-319.

Duyvendak, Jan Willem y Giugni, Marco (1995), "Social Movements Types and Policy Domains", en Kriesi, Hanspeter, Koopmans, Ruud, Duyvendak, Jan Willem y Giugni, Marco, *New Social Movements in Western Europe. A Comparative Analysis*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 82-110.

Eisinger, Peter (1973), "The Conditions of Protest Behavior in American Cities", *American Journal of Political Science, 67: 11-28.*

Escobar, Arturo y Álvarez, Sonia (eds.) (1992), *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy*, Boulder: Westview.

Fernandes, Bernardo (2000), *A Formaçâo do MST no Brasil*, San Pablo: Vozes.

Foweraker, Joe (1995), *Theorizing Social Movements*, Londres: Pluto Press.

Gamson, William (1975), *The Strategy of Social Protest*, Homewood: The Dorsey Press.

– (1992), *Talking Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.

Gamson, William y Meyer, David (1999), "Marcos interpretativos de la oportunidad política", en McAdam, Doug; McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 389-412.

Garretón, Manuel Antonio (2002), "La transformación de la acción colectiva en América Latina", *Revista de la CEPAL, 76: 7-24.*

Gerlach, Luther (2001), "The Structure of Social Movements: Environmental Activism and its Opponents", en Arquilla, John y Ronfledt, Donald (eds.), *Networks and Netwars: The Future of Terror, Crime and Militancy*, Santa Mónica: Rand, 289-309.

Gerlach, Luther y Hine, Virginia (1970), *People, Power, Change: Movements of Social Transformation*, Indianapolis: Bobbs-Merrill.

Ghimire, Kléber (2005), "Los movimientos sociales globales contemporáneos. Propuestas emergentes, implicaciones de desarrollo y conectividad", *Conflictos Globales, Voces Locales*, 1: 13-41.

Giarracca, Norma y Bidaseca, Karina (2001), "Introducción", en Giarracca, Norma (ed.), *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis sociales en el interior del país,* Buenos Aires: Alianza, 19-39.

Giugni, Marco (1995), "Outcomes of Social Movements", en Kriesi, Hanspeter; Koopmans, Ruud; Duyvendak, Jan Willem y Giugni, Marco, *New Social Movements in Western Europe. A Comparative Analysis*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 207-237.

– (1997), "Federalismo e Movimenti Sociali", *Rivista Italiana di Scienza Politica*, 26, 1: 147-170.

– (1998), "Introduction: Social Movements and Change: Incorporation, Transformation and Democratization", en Giugni, Marco; McAdam, Doug y Tilly, Charles (eds.), *From Contention to Democracy*, Lanham: Rowman & Littlefield, xi-xxiii.

Grimson, Alejandro y Pereyra, Sebastián (eds.) (2008), *Conflictos globales, voces locales: Movilización y activismo en clave transnacional*, Buenos Aires: UNRISD-Prometeo.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1985), *Principios de la filosofía del derecho*, México: UNAM. [*Grundlinien der Rechtsphilosophie,* 1821.]

Hipsher, Patricia (1998), "Democratic Transitions as Protest Cycles: Social Movement Dynamics in Democratizing Latin America", en Meyer, David y Tarrow, Sidney (eds.), *The Social Movement Society. Contentious Politics for a New Century*, Lanham: Rowman & Littlefield, 153-172.

Hobsbawm, Eric (2001), *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona: Crítica. [*Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, 1959.]

Inglehart, Ronald (1981), "Post-Materialism in an Environment of Insecurity", *American Political Science Review, 75: 880-900.*

Jelin, Elizabeth (2003), "La escala de acción de los movimientos sociales", en Jelin, Elizabeth (ed.), *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires: Libros del Zorzal, 25-59.

Jelin, Elizabeth (ed.) (1985), *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 2 vols.

Jenkins, Craig (1994), "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales", *Zona Abierta*, 69: 5-49. ["Resource Mobilization Theory and the Study of Social Movements", 1983.]

Jenkins, Craig y Klandermans, Bert (1995), "The Politics of Social Protest", en Jenkins, Craig y Klandermans, *Bert (eds.), The Politics of Social Protest. Comparative Perspectives on States and Social Movements*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 3-13.

Keck, Margaret y Sikkink, Kathryn (1998), *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*, Ithaca: Cornell University Press.

Kitschelt, Herbert (1986), "Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies", *British Journal of Political Science*, 16, 1: 57-85.

Klandermans, Bert (1992), "The Social Construction of Protest and Multiorganizational Fields", en Morris, Aldon y Mueller, Carol (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven: Yale University Press, 25-40.

Klandermans, Bert y Tarrow, Sidney (1988), "Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches", en Klandermans, Bert; Kriesi, Hanspeter y Tarrow, Sidney (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, Greenwich: JAI Press, 1-38.

Koopmans, Ruud (2005), "Repression and the Public Sphere. Discursive Opportunities and the Evolution of Repression Against the Extreme Right in Germany in the 1990s", en Davenport, Christian; Johnston, Hank y Mueller, Carol (eds.), *Repression and Mobilization*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 159-189.

Koopmans, Ruud y Kriesi, Hanspeter (1995), "Institutional Structures and Prevailing Strategies", en Kriesi, Hanspeter; Koopmans, Ruud; Duyvendak, Jan Willem y Giugni, Marco, *New Social Movements in Western Europe. A Comparative Analysis*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 26-52.

Kornhauser, William (1959), *The Politics of Mass Society*, Glencoe: The Free Press.

Kriesi, Hanspeter (1995), "The Political Opportunity Structure of New Social Movements: Its Impact on their Mobilization", en Jenkins, Craig y Klandermans, Bert (ed.), *The Politics of Social Protest. Comparative Perspectives on States and Social Movements*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 167-198.

– (1999), "La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político", en McAdam, Doug; McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 221-261.

Kriesi, Hanspeter; Koopmans, Ruud; Duyvendak, Jan Willem y Giugni, Marco (1995), *New Social Movements in Western Europe. A Comparative Analysis*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

Kriesi, Hanspeter y Giugni, Marco (1995), "Introduction", en Kriesi, Hanspeter; Koopmans, Ruud; Duyvendak, Jan Willem y Giugni, Marco, *New Social Movements in Western Europe. A Comparative Analysis*, Minneapolis: University of Minnesota Press, ix-xxvi.

Marx, Karl (1971), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador)*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2 vols. [*Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie (Rohentwurf)*, 1857-1858.]

– (2004), *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Buenos Aires: Del Signo. [*Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie,* 1844.]

Marx, Karl y Engels, Friedrich (1997), *Manifiesto del Partido Comunista*, Buenos Aires: Perfil. [*Manifest der Kommunistischen Partei,* 1848.]

Marx Ferree, Myra (2005), "Soft Repression: Ridicule, Stigma and Silencing in Gender-Based Movements", en Davenport, Christian; Johnston, Hank y Mueller, Carol (eds.), *Repression and Mobilization*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 138-155.

McAdam, Doug (1982), *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago: The University of Chicago Press.

– (1999), "Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación", en McAdam, Doug; McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 49-70.

– (2003), "Beyond Structural Analysis: Toward a More Dynamic Understanding of Social Movements", en Diani, Mario y McAdam, Doug (eds.), *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action*, Oxford: Oxford University Press, 281-298.

McAdam, Doug; McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.) (1999), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo. [*Comparative Perspectives on Social Movements*, 1996.]

McAdam, Doug; Tarrow, Sidney y Tilly, Charles (2001), *Dynamics of Contention*, Cambridge: Cambridge University Press.

McCarthy, John y Zald, Mayer (1977), "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory", *The American Journal of Sociology,* 82, 6: 1212-1241.

McPhail, Clark y McCarthy, John (2005), "Protest Mobilization, Protest Repression, and their Interaction", en Davenport, Christian; Johnston, Hank y Mueller, Carol (eds.), *Repression and Mobilization*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 3-32.

Melucci, Alberto (1989), *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Filadelfia: Temple University Press.

– (1994), "Asumir un compromiso: Identidad y movilización en los movimientos sociales", *Zona Abierta*, 69: 153-180. ["Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements", 1988.]

– (1996), *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age,* Nueva York: Cambridge University Press.

Meyer, David y Tarrow, Sidney (eds.) (1998), "A Movement Society: Contentious Politics for a New Century", en Meyer, David y Tarrow, Sidney (eds.), *The Social Movement Society. Contentious Politics for a New Century*, Lanham: Rowman & Littlefield, 1-28.

Michels, Robert (1969), *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires: Amorrortu, 2 vols. [*Zur Soziologie des Partiewesens inder Modern Demokratie. Untersuchungen die Oligarchischen Tendenzen des Gruppenlebens*, 1911.]

Munck, Gerardo (1995), "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", *Revista Mexicana de Sociología, 3: 17-39.*

Nollert, Michael (1995), "Neocorporatism and Political Protest in the Western Democracies: A Cross-National Analysis", en Jenkins, Craig y Klandermans, Bert (ed.), *The Politics of Social Protest. Comparative Perspectives on States and Social Movements*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 138-164.

Oberschall, Anthony (1973), *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Offe, Claus (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid: Sistema.

OSAL (2002), "Cronología de la protesta internacional de 2001", *Observatorio Social de América Latina, 6: 41-48.*

Passy, Florence (2003), "Social Networks Matter. But How?", en Diani, Mario y McAdam, Doug (eds.), *Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action*, Oxford: Oxford University Press, 21-48.

Piven, Frances y Cloward, Richard (1977), *Poor People's Movements: Why they Succeed, How they Fail*, Nueva York: Vintage Books.

Rivkin, Ana (2008), "Las mil caras de la movilización social contra el pago de la deuda externa en la Argentina", en Grimson, Alejandro y Pereyra, Sebastián (eds.), *Conflictos globales, voces locales: Movilización y activismo en clave transnacional*, Buenos Aires: UNRISD-Prometeo, 137-90.

Rossi, Federico M. (2005a), "Las asambleas vecinales y populares en la Argentina: las particularidades organizativas de la acción colectiva contenciosa", *Revista Sociológica*, 20, 57: 113-145.

– (2005b), "Aparición, auge y declinación de un movimiento social: las asambleas vecinales y populares de Buenos Aires, 2001-2003", *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 78: 67-88.

– **(2006),** "La disputa por el espacio en la Cumbre de los Pueblos: la importancia simbólica de la geografía en la definición de los conflictos políticos", *Revista Conflictos globales, voces locales,* 2: 84-94.

– **(2008),** "La transnacionalización Norte-Sur de los conflictos y sus actores. La experiencia de la red ATTAC en Argentina", en Grimson, Alejandro y Pereyra, Sebastián (eds.), *Conflictos globales, voces locales: Movilización y activismo en clave transnacional*, Buenos Aires: UNRISD-Prometeo, 233-62.

– **(2009),** "Youth Political Participation: Is This the End of Generational Cleavage?", *International Sociology,* 24 (4): 467-97.

– **(2010),** *La Participación de las Juventudes Hoy: La condición juvenil y la redefinición del involucramiento político y social*, Buenos Aires: Prometeo.

Rossi, Federico M. y della Porta, Donatella (2009), "Social Movements, Trade Unions and Advocacy Networks", en Haerpfer, Christian W., Inglehart, Ronald Welzel, Chris y Bernhagen, Patrick (eds.), *Democratization*, Oxford: Oxford University Press, 172-185.

Rucht, Dieter (1998), "The Structure and Culture of Collective Protest in Germany since 1950", en Meyer, David y Tarrow, Sidney (eds.), *The Social Movement Society. Contentious Politics for a New Century*, Lanham: Rowman & Littlefield, 29-57.

– (1999), "El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: Un estudio comparado transnational y entre movimientos", en McAdam, Doug; McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 262-287.

– (2005), "Movimientos transnacionales. El desafío de y la adaptación a un medio ambiente cambiante", *Conflictos Globales, Voces Locales, 1: 42-69.*

Rucht, Dieter y Neidhardt, Friedhelm (2002), "Towards a 'Movement Society'? On the Possibilities of Institutionalizing Social Movements", *Social Movement Studies*, 1, 1: 7-30.

Schmitter, Philippe (1981), "Interest Intermediation and Regime Governability in Contemporary Western Europe and North America", en Berger, Suzanne (ed.), *Organized Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge: Cambridge University Press, 287-327.

Schneider, Cathy (1992), "Radical Opposition Parties and Squatter Movements in Pinochet's Chile", en Escobar, Arturo y Álvarez, Sonia (eds.), *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy*, Boulder: Westview, 260-275.

Schuster, Federico (2005), "Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva", en Schuster, Federico; Naishtat, Francisco; Nardacchione, Gabriel y Pereyra, Sebastián (eds.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Prometeo, 43-83.

Schuster, Federico y Pereyra, Sebastián (2001), "La protesta social en la Argentina democrática: Balance y perspectivas de una forma de acción colectiva", en Giarracca, Norma (ed.), *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis sociales en el interior del país,* Buenos Aires: Alianza, 41-63.

Schuster, Federico; Naishtat, Francisco; Nardacchione, Gabriel y Pereyra, Sebastián (eds.) (2005), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea,* Buenos Aires: Prometeo.

Sikkink, Kathryn (2003), "La dimensión transnacional de los movimientos sociales", en Jelin, Elizabeth (ed.), *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires: Libros del Zorzal, 301-335.

Skocpol, Theda (1984), *Los Estados y las revoluciones sociales: Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica. [*States and Revolution: A Comparative Study of France, Russia and China*, 1979.]

Smelser, Neil (1989), *Teoría del comportamiento colectivo*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica. [*Theory of Collective Behavior,* 1962.]

Snow, David y Benford, Robert (1992), "Master Frames and Cycles of Protest", en Morris, Aldon y McClurg Mueller, Carol (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven: Yale University Press, 133-155.

Snow, David; Soule, Sarah y Kriesi, Hanspeter (2004), "Mapping the Terrain", en Snow, David; Soule, Sarah y Kriesi, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Oxford: Blackwell, 3-16.

Stein, Lorenz von (1850), *Geschichte der Sozialen Bewegung in Frankreich von 1789 bis auf Unsere Tage*, Hiledesheim: Georg Olms.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, 2ª edición, Buenos Aires: Biblos.

Tarrow, Sidney (1989), *Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Cambridge: Cambridge University Press.

– (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza. [*Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, 1994.]

– (2005), *The New Transnational Activism*, Cambridge: Cambridge University Press.

Tarrow, Sidney y Tilly, Charles (2006), *Contentious Politics*, Boulder: Paradigm.

Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading: Addison-Wesley.

– (1984), "Social Movements and National Politics", en Bright, Charles y Harding, Susan (eds.), *State-Making and Social Movements: Essays in History and Theory*, Ann Harbor: University of Michigan Press, 297-317.

– (1986), *The Contentious French. Four Centuries of Popular Struggle*, Cambridge: Harvard University Press.

– (1995), "Contentious Repertories in Great Britain, 1758-1834", en Traugott, Mark (ed.), *Repertories and Cycles of Collective Action,* Durham: Duke University Press.

– (2004), *Social Movements, 1768-2004*, Boulder: Paradigm.

– (2005), "La democratización mediante la lucha", *Sociológica*, 20, 57: 35-59.

Tilly, Charles; Tilly, Louise y Tilly, Richard (1975), *The Rebellious Century, 1830-1930*, Cambridge: Harvard University Press.

Tilly, Louise (2001), "General History of Social Movements", en Smelser, Neil y Balter, Paul (eds.), *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, Amsterdam: Elsevier, 14.360-14.365.

Tocqueville, Alexis de (1980), *La democracia en América*, Madrid: Alianza, 2 vols. [*La Démocratie en Amérique,* 1835-1840.]

– (1993), *El Antiguo Régimen y la revolución*, Madrid: Alianza, 2 vols. [*L'Ancien Régime et la Révolution*, 1858, 4ª edición.]

Touraine, Alain (1968), *Le Mouvement de Mai ou le Communisme Utopique*, París: Seuil.

– (1981), *The Voice and the Eye. An Analysis of Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.

– (1987), *El regreso del actor*, Buenos Aires: Eudeba. [*Le Retour de L'acteur*, 1984.]

Weber, Max (1997), *El político y el científico*, Barcelona: Altaya. [*Politik als Beruf, Wissenchaft als Beruf,* 1919].

Zald, Mayer (1999), "Cultura, ideología y creación de marcos alternativos", en McAdam, Doug; McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 369-388.

RECURSOS EN LA RED

Movimientos sociales

Gruppo Di Ricerca Sull'azione Collettiva In Europa

http://www.unifi.it/grace/

Dependiente de la *Università degli studi di Firenze*, ofrece en italiano e inglés artículos de investigadores europeos sobre la evolución histórica de la protesta en Europa con especial énfasis en Italia. Es posible obtener gratuitamente diferentes documentos de análisis estadístico, basados en entrevistas en profundidad y de tipo histórico-comparado.

Indymedia Argentina

http://argentina.indymedia.org/

Capítulo argentino de la mayor red mundial de medios informativos alternativos. Creada originalmente para difundir las protestas contra la OMC en Seattle, se ha constituido en la principal fuente participativa de difusión sobre protestas. Ofrece artículos periodísticos elaborados por periodistas-activistas, los que generalmente están acompañados por imágenes. Incluye una sección para el debate abierto y links a todos los capítulos de la red (en varios idiomas).

Minga/ Mutirâo Informativa

http://www.movimientos.org/

Informativo en español y portugués de movimientos sociales de América Latina y el Caribe. Basado en principios de trabajo colectivo comunitario entre redes de movimientos y medios de comunicación alternativos. Ofrece noticias que generalmente no aparecen en los medios masivos de comunicación tradicionales. Actualizada permanentemente, es una fuente de información sobre el accionar de los movimientos en la región.

Observatorio Social de América Latina

http://osal.clacso.org/

Versión electrónica gratuita en español de la revista del Comité Latinoamericano en Ciencias Sociales (CLACSO) especializada en movimientos, sindicatos, protesta y conflicto social en América Latina. De periodicidad cuatrimestral, ofrece artículos de análisis escritos por algunos de los principales académicos de la región. También incluye un pormenorizado recuento de las protestas difundidas por los medios de comunicación masivos en todos los países latinoamericanos.

Repertorio de Movimientos Sociales

http://www.social-movements.org/

La más amplia base de datos en español, inglés y francés sobre los movimientos sociales de todo el mundo, creada por varias organizaciones académicas y sociales. Contiene fichas descriptivas de las organizaciones y redes que componen los movimientos sociales y artículos

de contextualización y análisis del desarrollo de los movimientos. Tiene un buscador que vincula las fichas con los artículos.

Réseau des Centres de Documentation et D'information pour le Développement et la Solidarité Internationale
http://www.ritimo.org/

La principal base de datos en francés –con varios textos en español e inglés– sobre los movimientos por la solidaridad global (o alter-globalización). Compuesta por 65 centros de documentación e información, provee fichas temáticas sobre experiencias de todo el mundo, una base bibliográfica con libros completos en versión electrónica para ser descargados gratuitamente y la sección *Rinoceros* con una selección de textos de análisis escritos por importantes activistas, dirigentes de organizaciones e intelectuales.

The Workshop in Transnational Contention
http://falcon.arts.cornell.edu/sgt2/contention/default.htm

Dependiente de *Cornell University*, contiene la principal guía bibliográfica sobre la más reciente investigación (artículos y libros) producida en inglés acerca de movimientos transnacionales y redes transnacionales de activistas. Actualizada regularmente, está organizada por temas y ofrece algunos links a publicaciones electrónicas.